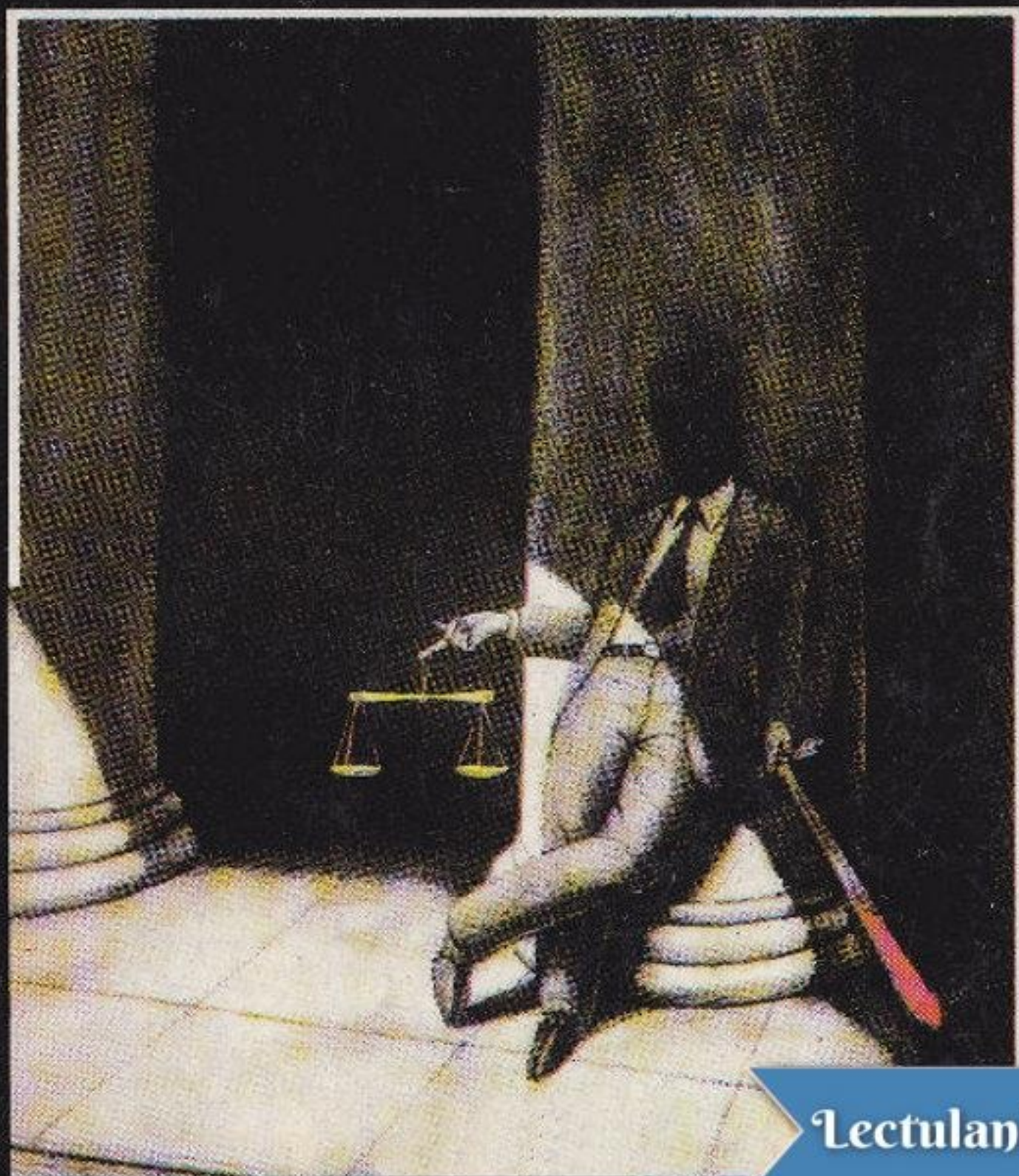


Friedrich Dürrenmatt  
EL JUEZ Y SU VERDUGO



Lectulandia

Friedrich Dürrenmatt (Konolfingen, 1921). Hijo de un pastor protestante. Estudió literatura y pintura en Berna y Zurich. En 1947 publicó y estrenó su primera obra teatral de éxito y escándalo: *Está escrito*. A partir de entonces se convirtió en un dramaturgo conocido internacionalmente, dedicado también a escribir ensayos literarios y filosóficos. En sus novelas policiacas aparece casi siempre una ironía a la vez sutil y feroz. De su producción novelística se ha traducido al español: *Griego busca griega* (1955), *La promesa* (1958), *Justicia* (1985) y *El encargo* (1986).

*El juez y su verdugo* (1952), publicada originalmente por entregas, es la primera novela policiaca de Dürrenmatt y en ella se advierte ya su maestría para mezclar sátira, observación, pensamiento e inventiva en una historia en apariencia anodina.

**Lectulandia**

Friedrich Dürrenmatt

# **El juez y su verdugo**

ePub r1.0

IbnKaldun 27.11.13

Título original: *Der Richter und sein Henker*

Friedrich Dürrenmatt, 1952

Traducción: Juan José del Solar

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Capítulo primero

Alphons Clenin, el agente de policía de Twann, encontró, la mañana del 3 de noviembre de 1948, un Mercedes azul aparcado en la cuneta de la carretera, allí donde el camino de Lamboing (una de las aldeas de Tessenberg) sale del bosque de la quebrada de Twannbach. Había niebla, algo muy frecuente en aquel otoño tardío, y la verdad es que Clenin ya había pasado junto al coche cuando decidió volver sobre sus pasos. Tras haber lanzado, al pasar, una fugaz mirada por los cristales turbios del automóvil, tuvo la impresión de que el conductor yacía sobre el volante. Creyó que el hombre estaba borracho, pues como persona amante del orden pensó en lo más inmediato. Por eso no quiso acercarse al forastero como funcionario, sino como hombre. Se aproximó al coche con la intención de despertar al durmiente, conducirlo a Twann y reanimarlo en el hotel Bären con un café bien cargado y una sopa de sémola, pues si bien estaba prohibido conducir en estado de embriaguez, no lo estaba dormir, borracho, en un automóvil aparcado en la cuneta de la carretera. Clenin abrió la portezuela y puso paternalmente su mano sobre el hombro del forastero. Pero en ese mismo instante se dio cuenta de que el hombre estaba muerto. Un balazo le había atravesado las sienas. También advirtió Clenin que la portezuela derecha estaba abierta. En el coche no había mucha sangre, y el abrigo gris oscuro del cadáver ni siquiera parecía manchado. Por el bolsillo asomaba, reluciente, el borde de una cartera amarilla. Clenin la sacó y pudo comprobar sin esfuerzo que el muerto era Ulrich Schmied, teniente de policía de la ciudad de Berna.

Clenin no supo muy bien qué hacer. Como policía de pueblo nunca se había enfrentado a un caso tan sangriento. Empezó a pasearse por el borde de la carretera. Cuando el sol naciente atravesó la capa de niebla e iluminó al muerto, el espectáculo le resultó desagradable. Volvió al coche, recogió el sombrero de fieltro gris que yacía a los pies del cadáver y se lo encasquetó tan hondo que ya no pudo ver la herida de la sien; entonces se sintió mejor.

El policía regresó al otro lado de la carretera, el que miraba hacia Twann, y se secó el sudor de la frente. Luego tomó una decisión.

Empujó al muerto al otro asiento delantero, lo sentó cuidadosamente erguido, sujetó el cuerpo inanimado con una correa de cuero que encontró en el interior del auto y se sentó él mismo al volante.

El motor no funcionaba, pero Clenin consiguió, sin mayor esfuerzo, bajar el coche por el empinado camino que llevaba a Twann; hasta el hotel Bären. Allí hizo poner gasolina, sin que nadie reconociera un muerto en aquella figura inmóvil y distinguida. Para Clenin, que odiaba el escándalo, era lo único correcto, y por eso guardó silencio.

Pero cuando avanzó bordeando el lago en dirección a Biel, la niebla se espesó

nuevamente y el sol ya no se vio más. La mañana se oscureció como el día del Juicio Final. Clenin recaló en medio de una larga hilera de automóviles, un coche tras otro, que por alguna inexplicable razón avanzaban más despacio de lo que aquella niebla exigía; casi un cortejo fúnebre, pensó involuntariamente el agente. Inmóvil, el muerto iba sentado junto a él y sólo a ratos, en algún desnivel del camino, asentía con la cabeza como un anciano sabio chino, por lo que Clenin se atrevía cada vez menos a adelantar otros coches. Llegaron a Biel con gran retraso.

Mientras iniciaban la investigación desde Biel, en Berna comunicaron el triste hallazgo al comisario Bärlach, que había sido jefe del difunto.

Bärlach había vivido largo tiempo en el extranjero y destacado como criminalista en Constantinopla y luego en Alemania. Al final estuvo al frente de la policía, criminal en Frankfurt am Main, pero ya el año 33 volvió a su ciudad natal. El motivo del regreso no fue tanto su amor a Berna, a la que a menudo llamaba su tumba dorada, sino una bofetada que le propinara a un alto funcionario del nuevo gobierno alemán. En Frankfurt se comentó entonces mucho ese acto de violencia, y en Berna fue valorado según el estado de la política europea, primero como algo indignante, luego como un acto condenable, aunque comprensible, y por último como la única actitud posible para un suizo, aunque esto sólo en el 45.

Lo primero que hizo Bärlach en el caso Schmied fue ordenar que el asunto se tratara en secreto los primeros días, una orden que sólo consiguió imponer poniendo en juego toda su personalidad. «Se sabe demasiado poco, y los periódicos son lo más superfluo que se ha inventado en los últimos dos mil años», fue su comentario.

Aparentemente Bärlach esperaba mucho de esta actuación secreta, a diferencia de su «jefe», el doctor Lucius Lutz, que dictaba cátedra de criminología en la universidad. Este funcionario, en cuya estirpe bernaesa había incidido beneficiosamente un tío rico de Basilea, acababa de regresar de una visita a la Policía de Nueva York y de Chicago, y estaba conmovido por «el estado prehistórico de la defensa contra la delincuencia en la capital federal suiza», como le dijo abiertamente al jefe de la policía, Freiburger, mientras volvían juntos, en tranvía, a sus casas.

Esa misma mañana, y tras haber telefoneado otra vez a Biel, Bärlach se dirigió a casa de la familia Schönler, en la Bantigerstrasse, donde había vivido Schmied. Bajó a pie por la ciudad antigua y atravesó el puente Nydegg, como lo había hecho siempre, pues Berna era, en su opinión, una ciudad demasiado pequeña para coger «tranvías y cosas de esas».

Subió con cierta dificultad las escaleras de Haspel, pues ya tenía más de sesenta y éstos le pesaban en momentos así; mas no tardó en encontrarse ante la casa Schönler y tocó el timbre.

Le abrió la misma Frau Schönler, una dama pequeña, gorda y no exenta de distinción, que lo hizo pasar en seguida, porque lo conocía.

—Schmied tuvo que viajar anoche por motivos de servicio —dijo Bärlach—; tuvo que irse repentinamente, y me pidió que le enviara algunas cosas. Le ruego que me conduzca a su habitación, Frau Schönler.

La dama asintió y ambos atravesaron el pasillo, pasando junto a un gran cuadro con un sólido marco dorado. Bärlach lo miró; era *La isla de los muertos*.

—¿Y dónde está Herr Schmied? —preguntó la rolliza señora al tiempo que abría la habitación.

—En el extranjero —dijo Bärlach mirando el techo.

La habitación quedaba en la planta baja, y por la puerta del jardín se veía un parquecito con viejos abetos color marrón que debían de estar enfermos, pues el suelo aparecía cubierto por una espesa capa de pinochas. Sin duda era la habitación más bonita de la casa. Bärlach se dirigió al escritorio y volvió a mirar en derredor. Sobre el diván vio una corbata del difunto.

—Seguro que Herr Schmied está en los trópicos ¿verdad, Herr Bärlach? —le preguntó Frau Schönler, curiosa. Bärlach se asustó un poco.

—No, no está en los trópicos, está más arriba.

Frau Schönler abrió mucho los ojos y palmeó con ambas manos sobre su cabeza.

—¡Dios mío! ¡En el Himalaya!

—Más o menos —dijo Bärlach—; ha estado usted a punto de adivinarlo.

Abrió una carpeta que había sobre el escritorio y se la puso inmediatamente bajo el brazo.

—¿Ha encontrado lo que tiene que enviarle a Herr Schmied?

—Así es.

Volvió a lanzar una ojeada alrededor, pero evitó mirar por segunda vez la corbata.

—Es el mejor inquilino que jamás hemos tenido, y nunca ha habido historias con mujeres ni nada que se parezca —aseguró Frau Schönler.

Bärlach se encaminó a la puerta:

—De vez en cuando enviaré a algún funcionario o vendré yo mismo. Schmied aún tiene aquí documentos importantes que quizá necesitemos.

—¿Me enviará Herr Schmied alguna postal del extranjero? —quiso saber aún Frau Schönler—. Mi hijo colecciona sellos.

Pero Bärlach arrugó la frente y lamentó, mientras miraba pensativamente a la dama:

—Es muy difícil, porque de esos viajes de servicio la gente no suele enviar postales. Está prohibido.

Frau Schönler dio otra palmada por encima de su cabeza y dijo en tono desesperado:

—¡Qué no prohibirá la policía!

Bärlach se marchó, contento de alejarse de esa casa.

## Capítulo segundo

Profundamente absorto en sus pensamientos, no comió, contra su costumbre, en el bar de Schmied, sino en el Du Théâtre, mientras hojeaba y leía atentamente la carpeta que poco antes sacara de la habitación de Schmied; a eso de las dos, tras un breve paseo por la Bundesterrasse, regresó a su despacho, donde lo esperaba la noticia de que el cadáver de Schmied acababa de llegar a Biel. Desistió, sin embargo, de hacerle una visita a su ex subordinado, pues no le gustaban los muertos y solía dejarlos en paz. Con gusto habría renunciado también a la entrevista con Lutz, pero tuvo que resignarse. Guardó cuidadosamente la carpeta de Schmied en su escritorio, bajo llave, sin volver a hojearla, encendió un puro y se dirigió a la oficina de Lutz, sabiendo perfectamente que a éste le molestaba la libertad de fumar puros que el viejo se tomaba. Una sola vez, años atrás, se había permitido Lutz un comentario al respecto, pero Bärlach le respondió con un despectivo gesto de la mano y diciendo que, entre otras cosas, había pasado diez años al servicio de la administración turca y siempre había fumado en las oficinas de sus superiores en Constantinopla, un comentario tanto más enjundioso cuanto que nunca pudo ser verificado.

El doctor Lucius Lutz recibió a Bärlach nervioso, ya que, en su opinión, aún no se había dado ningún paso, y le señaló un cómodo sillón cerca de su escritorio.

—¿Aún nada de Biel? —preguntó Bärlach.

—Aún nada —contestó Lutz.

—Muy extraño —dijo el comisario—, porque están trabajando como locos.

Bärlach se sentó y miró fugazmente los cuadros de Traffelet que colgaban de las paredes, dibujos a la pluma, coloreados, en los que, con o sin general, veíanse grupos de soldados que marchaban bajo una gran bandera flameante de izquierda a derecha o de derecha a izquierda.

—Una vez más —empezó diciendo Lutz— hemos de comprobar, con un temor nuevo y creciente, hasta qué punto la criminalística aún está en pañales en este país. Dios sabe si estoy acostumbrado a muchas cosas en nuestro cantón, pero el procedimiento a seguir, que por lo visto aquí se considera natural tratándose de un teniente de la policía, arroja una luz tan terrible sobre el profesionalismo de nuestra policía rural que aún estoy conmovido.

—Cálmese, doctor Lutz —respondió Bärlach—, nuestra policía rural se halla tan a la altura de su tarea como la policía de Chicago, y ya acabaremos por descubrir quién mató a Schmied.

—¿Sospecha usted de alguien, comisario Bärlach?

Bärlach observó a Lutz un rato largo y dijo por último:

—Sí, sospecho de alguien, doctor Lutz.

—¿De quién?



—Aún no puedo decírselo.

—Pues esto sí que es interesante —dijo Lutz—; sé que usted, comisario Bärlach, está siempre dispuesto a cohonestar cualquier paso en falso contra los grandes avances de la ciencia criminalística moderna. Pero no olvide que el tiempo sigue su marcha y no se detiene ni ante el criminalista de mayor renombre. En Nueva York y en Chicago he visto crímenes de los que en nuestra querida Berna usted no podría hacerse una idea cabal. Pero resulta que ahora ha sido asesinado un teniente de la policía, señal inequívoca de que también aquí empieza a resquebrajarse el edificio de la seguridad pública, y ello obliga a intervenir sin consideraciones.

Por supuesto, que eso era lo que él estaba haciendo, replicó Bärlach.

Entonces todo estaba perfecto, respondió Lutz y tosió.

De la pared llegaba el tic-tac de un reloj.

Bärlach se puso con cuidado la mano izquierda sobre el estómago y con la derecha apagó el puro en el cenicero que Lutz acababa de alcanzarle. Dijo que de un tiempo a esta parte no estaba del todo sano, que al menos el médico ponía cara de circunstancias. Con frecuencia padecía de molestias gástricas, añadió, por lo que rogaba al doctor Lutz que en el asunto Schmied le proporcionase un sustituto capaz de realizar las tareas principales, él mismo deseaba tratar el caso más bien desde su escritorio. Lutz estuvo de acuerdo.

—¿Y en quién ha pensado usted como sustituto? —preguntó.

—En Tschanz —dijo Bärlach—. Cierto es que aún está de vacaciones en el Oberland bernés, pero se le puede buscar.

Lutz replicó:

—Estoy de acuerdo con la elección. Tschanz es un hombre que continuamente hace esfuerzos por mantenerse al día en asuntos de criminalística.

Luego volvió la espalda a Bärlach y se puso a mirar por la ventana hacia la Waisenhausplatz, abarrotada de niños.

De pronto lo invadió un irreprimible deseo de discutir con Bärlach sobre el valor de la ciencia criminalística moderna. Se volvió, pero el comisario ya se había ido.

Pese a que ya eran casi las cinco, Bärlach decidió ir esa misma tarde a Twann, el lugar de los hechos. Se llevó consigo a Blatter, un policía alto y fofo que jamás decía una palabra y a quien Bärlach quería justamente por eso. Era, además, quien conducía el coche. En Twann fueron recibidos por Clenin, que puso cara desafiante porque esperaba una reprimenda. El comisario, sin embargo, estuvo amable, le dio la mano y dijo que le alegraba conocer a un hombre capaz de pensar por sí mismo. Estas palabras llenaron de orgullo a Clenin, aunque no entendió muy bien a qué se estaba refiriendo el viejo. Condujo a Bärlach al lugar de los hechos por la calle que sube al Tessenberg. Blatter los seguía a un pasito trotón, malhumorado por tener que ir a pie.

Bärlach se mostró sorprendido por el nombre: Lamboing.

—En alemán se llama Lamlingen —le explicó Clenin.

—Ajá —replicó el comisario—, eso está mejor.

Llegaron al lugar de los hechos. El lado de la carretera situado a su derecha daba a Twann y estaba bordeado por un muro.

—¿Dónde estaba el coche, Clenin?

—Aquí —repuso el policía señalando la carretera—, casi en medio de la calzada.

Y como Bärlach apenas miraba, añadió:

—Tal vez hubiera sido mejor dejar el coche con el muerto aquí mismo.

—¿Por qué? —preguntó Bärlach alzando la mirada hacia los picos del Jura—. A los muertos hay que llevárselos lo más pronto posible, nada tienen ya que hacer entre nosotros. Hizo usted bien en llevarse a Schmied hasta Biel.

Bärlach se acercó al borde de la carretera y miró en dirección a Twann. Sólo viñedos se interponían entre él y el viejo asentamiento. El sol ya se había puesto. La calle se retorcía como una serpiente entre las casas, y en la estación se había detenido un largo tren de carga.

—¿No se oyó nada allá abajo, Clenin? —preguntó—. El pueblo está tan cerca que debería oírse cualquier tiro.

—No se oyó más que el ruido del motor toda la noche, pero nadie pensó en nada malo.

—Claro, por qué habrían de pensarlo.

Miró otra vez los viñedos.

—¿Cómo está el vino este año, Clenin?

—Bueno. Podemos probarlo luego.

—Pues sí, con mucho gusto me tomaría un vaso de vino nuevo.

Su pie derecho tropezó con algo duro. Se agachó y recogió entre sus enjutos dedos un trocito de metal alargado y achatado por delante. Clenin y Blatter lo miraron con curiosidad.

—Una bala de revólver —dijo Blatter.

—¿Cómo ha podido dar con él, señor comisario? —preguntó Clenin asombrado.

—Por pura casualidad —dijo Bärlach.

Y luego bajaron a Twann.

## Capítulo tercero

El vino nuevo de Twann no pareció sentarle bien a Bärlach, pues a la mañana siguiente contó que se había pasado toda la noche vomitando. Lutz, que se encontró con el comisario en la escalera, quedó sinceramente preocupado por su salud y le aconsejó que fuera al médico.

—Ya iré, ya iré —rezongó Bärlach, precisando que los médicos le gustaban todavía menos que la moderna ciencia criminalista.

En su oficina se sintió mejor. Se sentó detrás del escritorio y sacó la carpeta del finado, que guardaba bajo llave.

Aún estaba absorto estudiándola cuando, a las diez, se le presentó Tschanz, que había vuelto de sus vacaciones la noche anterior, muy tarde.

Bärlach se sobresaltó, pues en un primer momento creyó tener delante al difunto Schmied. Tschanz llevaba el mismo abrigo que Schmied y un sombrero de fieltro muy parecido. Sólo la cara era distinta; era una cara llena, bonachona.

—Celebro que haya vuelto, Tschanz —dijo el comisario—. Tenemos que hablar del caso Schmied. Deberá usted ocuparse de lo más importante, no estoy muy bien de salud.

—Sí —dijo Tschanz—, ya me he enterado.

Tschanz se sentó después de acercar la silla al escritorio de Bärlach, sobre el que apoyó el brazo izquierdo. Encima se veía la carpeta de Schmied abierta.

Bärlach se retrepó en su sillón.

—A usted puedo decírselo —empezó—. Entre Constantinopla y Berna he visto miles de policías, buenos y malos. Muchos no eran mejores que los pobres diablos con los que poblamos cárceles de todo tipo, pero ocurre que, por casualidad, estaban al otro lado de la ley. De Schmied, sin embargo, no toleraría que nadie hablase mal, era el más talentoso. Estaba capacitado para superarnos a todos. Tenía una mente clara, que sabía lo que quería y silenciaba lo que sabía para hablar solamente cuando era necesario. Deberíamos tomarlo como ejemplo, Tschanz, estaba por encima de nosotros.

El policía volvió la cabeza lentamente hacia Bärlach, pues había estado mirando por la ventana, y dijo:

—Es posible.

Bärlach advirtió que no estaba convencido.

—No sabemos mucho sobre su muerte —prosiguió el comisario—, esta bala y nada más. —Y colocó sobre la mesa la bala que había encontrado en Twann. Tschanz la cogió y la examinó.

—Proviene de un revólver del ejército —dijo devolviéndole el proyectil.

Bärlach cerró de golpe la carpeta:

—Ante todo, no sabemos qué andaba haciendo Schmied en Twann o en Lamlingen. No estaba en el lago de Biel en acto de servicio, yo me habría enterado de ese viaje. No tenemos ningún motivo que haga mínimamente verosímil su viaje a esos lugares.

Tschanz sólo escuchaba a medias lo que Bärlach le iba diciendo. Por último cruzó las piernas y comentó:

—Únicamente sabemos cómo fue asesinado Schmied.

—¿Y cómo puede usted saberlo? —preguntó el comisario, no sin sorpresa, después de una pausa.

—El coche de Schmied tiene el volante a la izquierda y usted encontró la bala en el borde izquierdo de la carretera, vista desde el coche; por otro lado, en Twann oyeron el ruido del motor toda la noche. Schmied fue detenido por el asesino cuando bajaba de Lamboing a Twann. Probablemente conocía al asesino, pues de lo contrario no habría parado. Schmied abrió la portezuela derecha para que el asesino subiera, y volvió a sentarse al volante. En ese momento recibió el disparo. No debía de albergar sospecha alguna sobre las intenciones del hombre que lo mató.

Bärlach reflexionó una vez más en lo que había oído y dijo:

—Ahora quiero encenderme otro puro. —Y tras haberlo encendido prosiguió—: Tiene usted razón, Tschanz, algo así debió de ocurrir entre Schmied y su asesino, le creo. Pero eso sigue sin explicar lo que Schmied andaba haciendo en la carretera de Twann a Lamlingen.

Tschanz le recordó que Schmied llevaba un traje de etiqueta debajo de su abrigo.

—Pues yo no lo sabía —replicó Bärlach.

—¿Cómo, no ha visto usted al muerto?

—No, no me gustan los muertos.

—Pero esto además consta en el acta.

—Las actas me gustan todavía menos.

Tschanz calló.

Pero Bärlach constató:

—Esto no hace sino complicar aún más el caso. ¿Qué hacía Schmied en traje de etiqueta por la quebrada de Twannbach?

Que eso tal vez facilitaría las cosas, replicó Tschanz; seguro que en la zona de Lamboing no vivía mucha gente que estuviera en condiciones de dar fiestas en las que se usara frac.

Sacó un pequeño dietario de bolsillo y explicó que era el dietario de Schmied.

—Lo conozco —asintió Bärlach—, no contiene nada importante.

Tschanz lo contradijo:

—Schmied anotó una G el día miércoles dos de noviembre. Aquel día fue asesinado poco antes de la medianoche, según afirma el médico forense. Hay otra G

anotada el miércoles veintiséis, y una más el martes dieciocho de octubre.

—G puede significar cualquier cosa —dijo Bärlach—, un nombre de mujer o lo que sea.

—Es difícil que sea un nombre de mujer —respondió Tschanz—; la amiga de Schmied se llama Anna, y Schmied era una persona formal.

—De ella tampoco sé nada —reconoció el comisario; y viendo que Tschanz estaba asombrado ante su falta de información, le dijo—: La verdad es que sólo me interesa quién es el asesino de Schmied, Tschanz.

Este dijo cortésmente:

—Por supuesto —y añadió, moviendo la cabeza y riendo—: ¡Qué hombre tan extraño es usted, comisario Bärlach!

Bärlach replicó muy seriamente:

—Soy un gran gato negro, viejo, al que le agrada comer ratones.

Tschanz no sabía muy bien qué responder y añadió finalmente:

—Cada uno de los días marcados con una G, Schmied se ponía el frac y salía en su Mercedes.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Por Frau Schönler.

—Ajá —repuso Bärlach y guardó silencio. Pero luego dijo—: Sí, éstos son hechos concretos.

Tschanz miró atentamente a la cara al comisario, encendió un cigarrillo y dijo titubeando:

—El doctor Lutz me ha dicho que tiene usted una sospecha.

—Sí, tengo una, Tschanz.

—Pues ya que soy su sustituto en el caso Schmied, ¿no sería mejor que me dijera en quién recae su sospecha, comisario Bärlach?

—Vea usted —contestó Bärlach sopesando cada una de sus palabras con el mismo cuidado que Tschanz—, mi sospecha no es una sospecha científicamente válida desde una perspectiva criminalística. No tengo razones que la fundamenten. Ya ha visto usted lo poco que sé. En realidad, sólo tengo una idea de quién podría ser tomado en consideración como asesino; pero esa persona aún tendría que producir las pruebas de su culpabilidad.

—¿Qué quiere usted decir exactamente, comisario? —preguntó Tschanz.

Bärlach sonrió:

—Pues que debo esperar a que aparezcan los indicios que justifiquen su detención.

—Si he de trabajar con usted, tengo que saber hacia quién debo orientar mis pesquisas —explicó Tschanz cortésmente.

—Ante todo tenemos que seguir siendo objetivos. Esto vale tanto para mí, que

tengo una sospecha, como para usted, principal encargado de investigar el caso. Ignoro si mi sospecha se confirmará. Esperaré el resultado de sus pesquisas. Usted deberá descubrir al asesino de Schmied sin tener en cuenta mi sospecha. Si aquél de quien sospecho es el asesino, usted mismo ha de dar con él, claro que, a diferencia de mí, de forma impecable, científica. Si no lo es, usted encontrará al verdadero asesino y no habrá sido necesario saber el nombre de la persona en la que recayó mi falsa sospecha.

Callaron un rato, y al final preguntó el viejo:

—¿Está usted de acuerdo con nuestra forma de trabajar?

Tschanz titubeó un momento antes de responder:

—Pues sí, estoy de acuerdo.

—¿Qué piensa hacer ahora, Tschanz?

El interrogado se acercó a la ventana:

—Schmied había marcado el día de hoy con una G. Quiero ir a Lamboing y ver qué puedo averiguar. Saldré a las siete, a la misma hora en que solía hacerlo Schmied cuando iba al Tessenberg.

Se volvió otra vez y preguntó cortésmente, aunque medio en broma:

—¿Viene usted conmigo, comisario?

—Sí, Tschanz, iré con usted —respondió éste inesperadamente.

—Bien —dijo Tschanz un tanto confundido, pues no había contado con ello—, a las siete.

Ya en la puerta se volvió una vez más:

—Usted también fue a ver a Frau Schönler, comisario Bärlach. ¿No encontró allí nada?

El viejo no respondió en seguida, sino que primero guardó la carpeta en su escritorio, le echó llave y se metió ésta en el bolsillo.

—No, Tschanz —dijo por último—, no encontré nada. Y ahora puede retirarse.

## Capítulo cuarto

A las siete fue Tschanz a buscar a Bärlach a Altenberg, donde el comisario vivía desde hacía treinta y tres años, en una casa junto al río Aare. Estaba lloviendo, y el veloz coche policial patinó en la curva del puente Nydegg, pero Tschanz consiguió estabilizarlo. Por la Altenbergstrasse avanzó lentamente, pues nunca había estado en casa de Bärlach, y a través de los cristales mojados trató de encontrar el número, que adivinó con gran esfuerzo. Sin embargo, nada se movió pese a sus reiterados bocinazos. Tschanz bajó del coche y corrió hacia la puerta de la casa a través de la lluvia. Tras unos instantes de vacilación presionó el picaporte, pues en la oscuridad no lograba dar con el timbre. La puerta estaba sin llave y Tschanz entró en un vestíbulo. Se encontró frente a otra puerta entornada por la que se filtraba un rayo de luz. Avanzó hacia ella y llamó, pero al no obtener respuesta, la abrió del todo y pasó a un salón con las paredes llenas de libros. Tendido en un diván, Bärlach dormía, aunque parecía listo para partir al lago de Biel, pues llevaba su abrigo puesto. En la mano tenía un libro. Tschanz oyó su respiración tranquila y se desconcertó. El sueño del viejo y los muchos libros le resultaban inquietantes. Miró detenidamente a su alrededor. El salón no tenía ventanas, pero en cada pared se veía una puerta que sin duda conducía a otras habitaciones. En el centro había un gran escritorio. Tschanz se asustó al verlo, pues sobre él reposaba una gran serpiente de bronce.

—La traje de Constantinopla —dijo entonces una voz tranquila desde el diván; y Bärlach se levantó—. Como ve, Tschanz, ya estoy con el abrigo puesto. Podemos irnos.

—Discúlpeme —dijo Tschanz aún sorprendido—. Usted dormía y no me oyó llegar. No encontraba el timbre en la puerta de entrada.

—No tengo timbre. No lo necesito, nunca cierro la puerta con llave.

—¿Tampoco cuando sale?

—Tampoco cuando salgo. Siempre es emocionante volver a casa y ver si a uno le han robado algo o no.

Tschanz rió y cogió la serpiente de Constantinopla.

—Una vez casi me matan con ella —comentó el comisario en tono algo burlón, y sólo entonces advirtió Tschanz que la cabeza del animal se usaba como mango y el cuerpo tenía el filo de una cuchilla. Perplejo, observó los extraños ornamentos que centelleaban sobre aquella terrible arma. Bärlach se hallaba de pie a su lado—. Sed astutos como las serpientes —dijo examinando a Tschanz largo rato con aire pensativo; luego sonrió—: Y suaves como las palomas —y le dio unas palmaditas en el hombro—. He dormido, por primera vez desde hace días. El maldito estómago...

—¿Tan mal está? —preguntó Tschanz.

—Sí, estoy muy mal —replicó el comisario con sangre fría.

—Debería quedarse en casa, Herr Bärlach, hace frío y está lloviendo.

Bärlach volvió a mirar al policía y se rió.

—¡Pamplinas! Se trata de encontrar a un asesino. ¡A usted podría convenirle que yo me quedara en casa!

Cuando pasaban en el coche por el puente Nydegg, Bärlach dijo:

—¿Por qué no sigue usted por el Aargauerstalden hacia Zollikofen, Tschanz? Es más corto que por la ciudad.

—Porque no quiero ir a Twann por Zollikofen-Biel, sino por Kerzers-Erlach.

—Es una ruta poco habitual, Tschanz.

—No tan poco habitual, comisario.

Guardaron otra vez silencio. Las luces de la ciudad se deslizaban a su paso. Pero al llegar a Bethlehem, Tschanz preguntó:

—¿Viajó usted alguna vez en coche con Schmied?

—Sí, con frecuencia. Era un conductor muy prudente.

Y Bärlach miró preocupado el velocímetro, que marcaba casi ciento diez.

Tschanz redujo un poco la velocidad.

—Yo viajé una vez con Schmied, a paso de tortuga, y recuerdo que le había puesto un nombre muy extraño a su coche. Lo dijo cuando tuvo que echar gasolina. ¿Se acuerda usted del nombre? Se me ha olvidado.

—Llamaba a su coche el «Caronte azul» —respondió Bärlach.

—Caronte es un nombre de la mitología griega, ¿verdad?

—Caronte conducía a los muertos hacia los infiernos, Tschanz.

—Schmied tuvo padres ricos y pudo estudiar en el Liceo clásico. La gente como nosotros no podía darse ese lujo. Por eso él sabía quién era Caronte, y nosotros no lo sabemos.

Bärlach metió las manos en los bolsillos de su abrigo y volvió a mirar el velocímetro.

—Sí, Tschanz —dijo—, Schmied era culto, sabía griego y latín y tenía un gran futuro por delante como hombre de carrera, pero a pesar de todo yo no conduciría a más de cien.

Poco después de Gümmenen, el coche se detuvo bruscamente en una gasolinera. Un hombre se acercó a ellos con la intención de atenderlos.

—Policía —dijo Tschanz—; necesitamos una información.

Borrosamente vieron un rostro curioso y algo asustado que se inclinó hacia el coche.

—¿Paró aquí hace dos días un conductor que llamaba a su coche el «Caronte azul»?

El hombre, sorprendido, negó con la cabeza, y Tschanz siguió viaje.



—Preguntaremos al siguiente.

En la gasolinera de Kerzers tampoco sabían nada.

Bärlach refunfuñó:

—Lo que está haciendo no tiene el menor sentido.

En Erlach, Tschanz tuvo suerte. Le dijeron que el miércoles por la noche había estado allí alguien de esas características.

—¿Ya ve usted? —dijo Tschanz cuando doblaron por la carretera de Neuenburg a Biel, cerca de Landeron—, ahora sabemos que, el miércoles por la noche, Schmied cogió la ruta de Kerzers-Ins.

—¿Está usted seguro? —preguntó el comisario.

—Acabo de presentarle la prueba más contundente.

—Sí, la prueba es contundente. Pero ¿de qué le sirve esto, Tschanz? —quiso saber Bärlach.

—Pues las cosas son así. Todo lo que sabemos nos ayuda a seguir —fue la respuesta.

—Una vez más tiene razón —replicó el viejo, escrutando el lago de Biel. Ya no llovía. En dirección a Neuveville se veía el lago por entre jirones de niebla. Entraron en Ligerz. Tschanz conducía lentamente y buscaba la bifurcación a Lamboing.

El coche empezó a subir por los viñedos. Bärlach abrió la ventanilla y miró el lago, allá abajo. Por encima de la isla de Peter brillaban algunas estrellas. Las luces se reflejaban en el agua, y por el lago deslizábase veloz una motora. «Tarde para esta época del año», pensó Bärlach. Frente a ellos se alzaba Twann, allí debajo, y detrás, Ligerz.

Siguieron una curva y enfilaron hada el bosque, que intuyeron delante de ellos, en la oscuridad. Tschanz parecía algo inseguro y dijo que quizás aquel camino sólo llevara hasta Schernelz. Como vio un hombre que venía en dirección contraria, detuvo el coche.

—¿Se va a Lamboing por aquí?

—Siga todo recto y al llegar a la hilera de casas blancas, junto al bosque, doble a la derecha e intérnese en él —respondió el hombre, que llevaba una chaqueta de cuero y silbó a su perrito, blanco de cabeza negra, que saltaba a la luz de los faros.

—¡Ven, Ping-Ping!

Se alejaron de los viñedos y pronto llegaron al bosque. Los abetos les salían al encuentro, infinitas columnas en la luz. El camino era angosto y malo, de vez en cuando chasqueaba alguna rama contra los cristales. A la derecha el terreno bajaba abruptamente. Tschanz conducía tan lentamente que oían el susurro del agua en las profundidades.

—La quebrada de Twann —explicó Tschanz—. Al otro lado está la carretera de Twann.

A la izquierda se alzaban grandes rocas en la noche, iluminándola de blanco. Todo lo demás estaba oscuro, pues poco antes había habido luna nueva. El camino ya no subía, y el arroyo murmuraba ahora junto a ellos. Doblaron a la izquierda y atravesaron un puente. Ante ellos vieron un camino. El camino de Twann a Lamboing. Tschanz se detuvo.

Apagó los faros y quedaron en la oscuridad más absoluta.

—¿Y ahora? —preguntó Bärlach.

—Ahora esperaremos. Son las ocho menos veinte.

## Capítulo quinto

Como dieron las ocho y aún seguían esperando sin que nada sucediera, Bärlach dijo que ya iba siendo hora de que Tschanz le comunicara sus proyectos.

—Nada calculado exactamente, comisario. Aún no he ido demasiado lejos en el caso Schmied, y usted también sigue dando manotazos en la oscuridad, pese a la sospecha que tiene. Yo apuesto hoy todo a la posibilidad de que esta noche se celebre otra reunión en el mismo lugar al que fue Schmied el miércoles pasado y de que a ella quizás acudan varios invitados en coche, pues una reunión a la que la gente va de frac tiene que ser, hoy en día, bastante importante. Esto, naturalmente, es sólo una suposición, comisario Bärlach, pero las suposiciones, en nuestra profesión, están ahí para seguirles la pista.

Bastante escéptico, el comisario objetó a estas reflexiones de su subordinado que las pesquisas efectuadas por la policía de Biel, Neuenstadt, Twann y Lamboing sobre el paradero de Schmied en el Tessenberg no habían arrojado resultado alguno.

Tschanz replicó que Schmied había sido víctima de un asesino que debía ser más hábil que la policía de Biel y Neuenstadt.

Bärlach preguntó que cómo podía saberlo.

—No sospecho de nadie —dijo Tschanz—, pero siento respeto por el que mató a Schmied, si es que en algo así puede hablarse de respeto.

Bärlach escuchaba inmóvil, los hombros un tanto encogidos.

—¿Y quiere usted echarle el guante a un hombre por el cual siente respeto, Tschanz?

—Así lo espero, comisario.

Volvieron a callar y aguardaron. De pronto, el bosque se iluminó por el lado de Twann. Un par de faros los bañaron en una luz deslumbrante y una limusina pasó junto a ellos en dirección a Lamboing, perdiéndose en la noche.

Tschanz puso en marcha el motor. Se acercaban otros dos grandes coches oscuros, llenos de gente. Tschanz los siguió.

El bosque se acabó. Pasaron delante de un restaurante cuyo letrero era visible a la luz de una puerta abierta, frente a casas de labranza, mientras ante ellos brillaba la luz trasera del último coche.

Llegaron a la ancha llanura del Tessenberg. Sobre un cielo límpido refulgían, enormes, Vega descendente, la Capella ascendente, Aldebarán y la llama de Júpiter.

El camino dobló hacia el norte, y frente a ellos se dibujaron las siluetas del Spitzberg y del Chasserai, a cuyos pies titilaban algunas luces: los pueblos de Lamboing, Diesse y Nods.

De pronto, los coches que los precedían doblaron a la izquierda por un camino rural, y Tschanz se detuvo. Bajó el cristal de la ventanilla para poder asomarse. Fuera,

en medio del campo, distinguieron vagamente una casa rodeada de álamos cuya entrada estaba iluminada y ante la cual se detuvieron los coches. Les llegó un ruido de voces, pero luego entraron todos en la casa y volvió a imponerse el silencio. La luz sobre la puerta de entrada se apagó.

—No esperan a nadie más —dijo Tschanz.

Bärlach se apeó del coche y respiró el frío aire nocturno, que le hizo bien. Observó cómo Tschanz sacaba el automóvil por el borde derecho del camino en dirección a la pradera, pues el camino a Lamboing era angosto. Tschanz también se apeó y se acercó al comisario. Ambos avanzaron por el sendero de tierra hacia la casa. El suelo era arcilloso y se habían formado charcas; también había llovido allí.

Llegaron a un muro bajo, cuyo portón estaba cerrado con llave. Sus oxidados barrotes sobrepasaban el muro, por encima del cual contemplaron la casa.

El jardín estaba pelado, y las limusinas parecían grandes animales entre los álamos. No se veía luz alguna y todo daba una impresión desolada.

Esforzándose mucho advirtieron que en el centro de la puerta enrejada había un cartel que debía de haberse desclavado en algún punto, pues colgaba torcido. Tschanz encendió la linterna que había cogido del coche: en el cartel se veía una gran G.

Nuevamente a oscuras, Tschanz dijo:

—¿Ve usted? Mi suposición era cierta. Tiré al azar y he dado en el blanco.

Luego pidió, complacido:

—Ahora sí déme un puro, comisario, me lo merezco.

Bärlach le ofreció uno.

—Y ahora tenemos que averiguar qué significa la G.

—No es ningún problema: Gastmann.

—¿Cómo así?

—He mirado en la guía telefónica. Sólo hay dos G en Lamboing.

Bärlach se rió, perplejo, pero luego añadió:

—¿Y no podría ser la otra G?

—No, es la gendarmería. ¿O cree acaso que hay algún gendarme mezclado en el asesinato?

—Todo es posible, Tschanz —respondió el viejo.

Tschanz encendió un fósforo, pero le costó un gran esfuerzo encender su puro bajo el fuerte viento que, rabiosamente, sacudía los álamos.

## Capítulo sexto

Asombrado, Bärlach manifestó no entender por qué la policía de Lamboing, Diesse y Lignières no había dado con aquel Gastmann, ya que su casa quedaba en medio del campo, podía verse fácilmente desde Lamboing y, además, era totalmente imposible ocultar cualquier reunión que se celebrase en ella, antes bien debería llamar la atención, sobre todo en un pueblecito tan pequeño del Jura. Tschanz respondió que él tampoco se lo explicaba.

Seguidamente decidieron dar la vuelta a la casa. Se separaron, y cada uno se fue por un lado distinto.

Tschanz desapareció en la noche y Bärlach se quedó solo. Avanzó hacia la derecha. Se subió el cuello del abrigo, porque sintió frío. Volvió a sentir aquel peso en el estómago, las violentas punzadas, y un sudor frío le perló la frente. Continuó bordeando la pared y, como ella, dobló a la derecha. La casa seguía sumida en una oscuridad total.

Se detuvo una vez más, recostándose contra la pared. En la linde del bosque pudo distinguir las luces de Lamboing, luego siguió avanzando. La pared volvió a cambiar de dirección, esta vez hacia el oeste. La parte posterior de la casa estaba iluminada; de una hilera de ventanas del primer piso llegaba una luz intensa. Percibió los sonidos de un piano, y al escuchar con más atención, comprobó que alguien estaba tocando Bach.

Siguió caminando. Según sus cálculos, ya hubiera debido toparse con Tschanz, y sus ojos se esforzaron por descubrirlo en el campo inundado de luz, por lo que advirtió ya demasiado tarde que a pocos pasos de él había un animal.

Bärlach era un buen conocedor del mundo animal, pero jamás había visto un ser tan gigantesco. Y aunque no podía distinguir detalles, sino tan sólo la silueta que se recortaba contra la clara superficie del suelo, la bestia parecía pertenecer a una especie tan horripilante que Bärlach ni se movió. Vio cómo el animal giraba lentamente la cabeza, como por casualidad, y clavaba en él sus ojos redondos: dos superficies brillantes, pero vacías.

Lo inesperado del encuentro, la potencia del animal y lo extraño de la aparición lo paralizaron. Cierto es que no lo abandonó su racional sangre fría, pero sí se le olvidó la necesidad de actuar. Miró al animal impávido, pero hechizado. Así lo había atraído una y otra vez el mal hacia sus redes, el gran enigma que una y otra vez tenía la tentación de resolver.

Ni un solo sonido, ni un solo grito de terror profirió el viejo cuando el perro lo atacó súbitamente, una gigantesca sombra que se abalanzó sobre él, un monstruo de fuerza y de furia asesina cuyo ímpetu rabioso y bestial lo arrastró al suelo y apenas le permitió protegerse la garganta con el brazo izquierdo: tan natural y tan de acuerdo

con las leyes de este mundo le pareció todo aquello.

Pero antes de que el animal destrozara el brazo que ya estaba en sus fauces, Bärlach oyó un disparo; el cuerpo que lo oprimía se contrajo y un chorro de sangre caliente inundó su mano. El perro estaba muerto.

Pesadamente yacía la bestia sobre él, y Bärlach pasó la mano sobre un pelaje liso y sudoroso. Luego se levantó dificultosamente y temblando, y se limpió la mano sucia en el escaso césped que lo rodeaba. Mientras se le acercaba, Tschanz volvió a guardarse el revólver en el bolsillo del abrigo.

—¿Está usted ileso, comisario? —preguntó mirando con recelo la destrozada manga izquierda de Bärlach.

—Totalmente. La bestia no llegó a morderme.

Tschanz se inclinó y giró la cabeza del animal hacia la luz, que se quebró en los muertos ojos.

—Colmillos de animal carnicero —dijo y se estremeció—, la bestia lo hubiera destrozado, comisario.

—Me ha salvado usted la vida, Tschanz.

Este quiso saber aún:

—Pero... ¿nunca lleva usted un arma consigo?

Bärlach tocó con el pie la masa inmóvil que tenía delante.

—Raras veces, Tschanz —respondió; y ambos callaron.

El perro muerto yacía en la tierra yerma y sucia, y ellos lo contemplaron. A sus pies se había extendido una gran mancha negra; la sangre que, como un oscuro río de lava, brotaba de las fauces del animal.

Cuando alzaron la mirada, el cuadro que se les ofrecía era distinto. La música había enmudecido, las ventanas iluminadas estaban abiertas de par en par y por ellas se asomaba gente en traje de noche. Bärlach y Tschanz se miraron uno al otro, pues les resultaba penoso estar, en cierto modo, ante un tribunal, y eso en medio del Jura, en un rincón dejado de la mano de Dios, donde Cristo dio las tres voces, como pensó el comisario, llevado por su enojo.

En la tercera de las cinco ventanas había un hombre solo, aislado de los restantes, que con una voz clara y extraña les preguntó qué estaban haciendo allí.

—Somos de la policía —respondió Bärlach tranquilamente, y añadió que tenía que hablar urgentemente con Herr Gastmann.

El hombre replicó que le extrañaba que hubiera que matar a un perro para hablar con Herr Gastmann, y que, además, ahora tenía ganas y ocasión de escuchar a Bach, tras lo cual volvió a cerrar la ventana, pero con gestos seguros y sin prisa, del mismo modo como había hablado, sin indignarse, más bien con gran indiferencia.

De las ventanas llegaba ahora un guirigay confuso. Percibieron exclamaciones

como «inaudito», «¿qué le parece, señor director?», «es un escándalo», «increíble, esta policía, señor consejero mayor». Luego la gente se retiró, las ventanas se cerraron una tras otra y volvió el silencio.

A los dos policías no les quedó más remedio que emprender la retirada. Alguien los esperaba frente a la puerta de entrada, en la parte delantera del muro del jardín. Era una figura solitaria que iba nerviosamente de un lado a otro.

—¡La luz, rápido! —susurró Bärlach a Tschanz, y el súbito rayo de la linterna les permitió ver un rostro gordo y congestionado, no desprovisto de interés, aunque un tanto simple, que remataba un elegante traje de etiqueta. En una de las manos destellaba un pesado anillo. La luz volvió a apagarse tras un susurro de Bärlach.

—¿Quién diablos es usted? —chilló el gordo.

—El comisario Bärlach, ¿es usted Herr Gastmann?

—Consejero nacional von Schwendi, coronel von Schwendi. ¡Por todos los diablos del infierno! ¿Quién se cree usted que es para andar a tiros por aquí?

—Estamos haciendo una investigación y tenemos que hablar con Herr Gastmann, señor consejero nacional —replicó Bärlach sin inmutarse.

Pero no había forma de tranquilizar al consejero nacional, que exclamó con voz de trueno:

—Conque separatistas, ¿eh?

Bärlach decidió llamarlo por el otro título y opinó, cautelosamente, que el señor coronel estaba equivocado, que él no tenía nada que ver con el problema del Jura.

Pero antes de que Bärlach pudiera continuar, el coronel se puso aún más furibundo que el consejero nacional. De modo que comunista, afirmó, ¡rayos y truenos!, él, como coronel, no podía tolerar que alguien disparase cuando estaban tocando música. No consentiría ninguna manifestación contra la civilización occidental. Y en caso contrario, el ejército suizo acudiría a poner orden.

Como el consejero nacional estaba a todas luces desorientado, Bärlach tuvo que hacerle tocar tierra.

—Tschanz, lo que diga el señor consejero nacional no constará en las actas —ordenó objetivamente.

El consejero nacional volvió en seguida a la realidad.

—¿A qué actas se refiere, hombre?

Como comisario de la policía criminal de Berna, explicó Bärlach, tenía que realizar una investigación sobre el asesinato de un teniente de la policía apellidado Schmied. En realidad, su obligación era hacer constar en actas todo cuanto las distintas personas respondiesen a determinadas preguntas, pero como el señor —titubeó un instante antes de decidirse por uno de ambos títulos— coronel se había hecho una idea a todas luces falsa de la situación, prefería no hacer constar en actas la respuesta del consejero nacional.

El coronel estaba perplejo.

—Ambos sois de la policía —dijo—, eso cambia las cosas.

Que lo disculparan, prosiguió, aquel día había tenido un almuerzo en la embajada turca, por la tarde lo habían elegido presidente de la asociación de coroneles «La casa de la espada suiza», y a continuación tuvo que asistir a un vino de honor en la sede de la Sociedad Helvética, a lo cual se sumaba, esa mañana, una sesión extraordinaria del partido al que pertenecía, y ahora esa fiesta en casa de Gastmann, cierto es que con un pianista mundialmente famoso. Estaba agotado.

Si no sería posible hablar con Herr Gastmann, preguntó una vez más Bärlach.

—¿Qué queréis realmente de Gastmann? —respondió von Schwendi—. ¿Qué tiene él que ver con el teniente de policía asesinado?

—El miércoles pasado Schmied fue invitado suyo y lo asesinaron en el viaje de regreso, cerca de Twann.

—¡Pues menudo lío tenemos! —dijo el consejero nacional—. Como Gastmann invita a todo el mundo, no es raro que ocurran estos accidentes.

Luego calló y pareció reflexionar.

—Soy el abogado de Gastmann —prosiguió por último—. ¿Por qué han tenido que venir precisamente esta noche? Al menos hubieran podido llamar por teléfono.

Bärlach explicó que acababan de descubrir la implicación de Gastmann en el asunto.

El coronel aún no se dio por satisfecho.

—¿Y qué ha pasado con el perro?

—Me atacó, y Tschanz tuvo que dispararle.

—En ese caso está bien —dijo von Schwendi no sin cordialidad—. Ahora es realmente imposible hablar con Gastmann; hasta la policía tiene que respetar a veces ciertos hábitos sociales. Mañana pasaré por su oficina y hoy hablaré rápidamente con Gastmann. ¿No tendrían por casualidad alguna foto de Schmied?

Bärlach sacó una fotografía de su cartera y se la entregó.

—Gracias —dijo el consejero nacional.

Luego hizo una reverencia y entró en la casa.

Bärlach y Tschanz volvieron a quedarse solos ante los barrotes oxidados de la puerta del jardín; la casa estaba como antes.

—Contra un consejero nacional no se puede hacer nada —dijo el comisario—, y si encima es coronel y abogado, no habrá quien se atreva con él. Y henos aquí ahora con nuestro crimen sin poder hacer nada.

Tschanz guardó silencio y pareció reflexionar. Por último dijo:

—Son las nueve, comisario. Creo que lo mejor sería buscar al policía de Lamboing y conversar con él sobre el tal Gastmann.

—No es mala idea —respondió Bärlach—. Eso puede hacerlo usted. Intente



averiguar por qué en Lamboing no se sabe nada de la visita de Schmied a Gastmann. Yo iré al restaurancito que está donde empieza la quebrada. Algo tengo que hacer por mi estómago. Lo esperaré allí.

Volvieron al coche por el camino de tierra. Tschanz partió y pocos minutos más tarde estaba en Lamboing.

Encontró al policía en el bar, sentado a una mesa con Clenin, que había llegado a Twann. Estaban apartados de los campesinos, pues por lo visto tenían algo que discutir. El policía de Lamboing era bajo, gordo y pelirrojo. Se llamaba Jean Pierre Charnel.

Tschanz se sentó con ellos, y el recelo que ambos manifestaron al colega de Berna no tardó en desaparecer. Eso sí, a Charnel no le hacía mucha gracia tener que hablar en alemán, idioma en el que se sentía incómodo, en vez de hacerlo en francés. Estaban bebiendo vino blanco, y Tschanz pidió pan y queso para acompañarlo. No les dijo que venía de casa de Gastmann, sino que les preguntó si tenían ya alguna pista.

—No —dijo Charnel— ninguna pista del asesino. *On a rien trouvé*, no hemos encontrado nada.

Prosiguió diciendo que en esa zona sólo una persona podía ser tenida en cuenta, un tal Gastmann, que había comprado la casa de los Rollier y recibía siempre muchos invitados: justamente el miércoles había dado una gran fiesta. Pero Schmied no había estado allí, Gastmann no sabía nada, ni siquiera conocía el nombre.

—*Schmied n'était pas chez Gastmann, impossible*. Absoluta y totalmente imposible.

Tschanz escuchó aquel galimatías y replicó que habría que interrogar también a otros de los que asistieron a la fiesta de Gastmann aquel día.

Que él ya lo había hecho, terció Clenin, en Schernelz-Ligerz vivía un escritor que conocía bien a Gastmann y lo visitaba a menudo, y aquel miércoles también había estado en la casa. Tampoco sabía nada de Schmied, ni siquiera había oído el nombre y no creía que Gastmann hubiera invitado nunca a un policía a su casa.

—¿Conque un escritor? —dijo Tschanz frunciendo el ceño—; tendré que llamar a capítulo a ese espécimen. Los escritores siempre son gente equívoca. Pero ya le soltaré la lengua a ese supersabio.

—¿Y quién es aquel Gastmann, Charnel? —preguntó luego.

—*Un monsieur très riche* —respondió el policía de Lamboing entusiasmado—. Tiene dinero a porrillo y es *très noble*. Le deja propina a mi *fiancée* —y señaló, orgulloso, a la camarera—, *comme un roi*, pero no con la intención de tener algo con ella. *Jamais*.

—¿Y qué profesión tiene?

—Filósofo.

—¿Qué entiende usted por eso, Charnel?

—Un hombre que piensa mucho y no hace nada.

—Pero algún dinero tendrá que ganar.

Charnel meneó la cabeza.

—No gana dinero, tiene dinero. Paga impuestos por todo el pueblo de Lamboing. Nos basta con que Gastmann sea el hombre más simpático de todo el cantón.

—De todas formas, será necesario que nos ocupemos más a fondo del tal Gastmann —decidió Tschanz—. Mañana iré a verlo.

—Entonces cuidado con su perro —advirtió Charnel—. *Un chien très dangereux.*

Tschanz se puso en pie y dio unas palmaditas en la espalda al policía de Lamboing:

—Con ése ya sabré arreglármelas.

## Capítulo séptimo

Eran las diez cuando Tschanz se despidió de Clenin y de Charnel para dirigirse al restaurante de la quebrada, donde lo esperaba Bärlach. Sin embargo, al llegar al punto donde el camino de tierra se bifurcaba hacia la casa de Gastmann, detuvo una vez más el coche. Se apeó y caminó lentamente hacia la puerta del jardín, para bordear luego el muro. La casa seguía como antes, oscura y solitaria, cercada por los gigantescos álamos que se doblaban al viento. Las limusinas aún se hallaban en el parque. Esta vez Tschanz no dio la vuelta completa a la casa, sino que avanzó hasta una de las esquinas, desde la que pudo observar la fachada posterior iluminada. Una y otra vez se dibujaban siluetas en los cristales amarillos, y el policía se pegó a la pared para no ser visto. Miró hacia el campo. El perro ya no estaba sobre la tierra pelada, alguien debía de habérselo llevado, sólo el charco de sangre seguía brillando, negro, a la luz de las ventanas. Tschanz volvió al coche.

Pero no encontró a Bärlach en el restaurante de la quebrada. La propietaria le informó que se había marchado hacía media hora rumbo a Twann, tras haberse tomado una copa de aguardiente; apenas había estado en el local cinco minutos.

Tschanz se preguntó qué habría querido hacer el viejo, pero no pudo seguir reflexionando más tiempo: el camino, no demasiado ancho, reclamaba toda su atención. Pasó cerca del puente junto al cual habían esperado, y luego bajó por el bosque.

Allí tuvo una experiencia extraña y misteriosa que lo dejó pensativo. Había conducido de prisa y de pronto vio el lago que relucía en las profundidades, un espejo nocturno entre rocas blancas. Debía de hallarse a la altura del lugar de los hechos. Una silueta oscura se desprendió entonces de la pared de roca y le indicó por señas que detuviera el coche.

Tschanz paró involuntariamente y abrió la portezuela derecha del automóvil, aunque al instante se arrepintió de haberlo hecho, pues cayó en la cuenta de que lo que acababa de ocurrirle también le había ocurrido a Schmied segundos antes de que lo mataran. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y aferró el revólver, cuyo frío lo tranquilizó. La silueta se acercó. En ese momento reconoció a Bärlach, pero su tensión no disminuyó, sino que se puso blanco de terror, sin que pudiera explicarse la razón de semejante pánico. El comisario se inclinó y ambos se miraron a la cara unos segundos solamente, aunque les parecieran horas. Ninguno dijo una palabra, y sus ojos eran como piedras. Entonces Bärlach se sentó junto a Tschanz, cuya mano soltó el arma oculta.

—Continúa, Tschanz —dijo Bärlach con voz indiferente.

El otro se estremeció al oír que el viejo lo tuteaba, cosa que el comisario siguió haciendo a partir de entonces.

Sólo después de Biel interrumpió Bärlach el silencio y le preguntó qué había averiguado en Lamboing, «como tendremos que llamar desde ahora, en francés, al pueblucho aquél».

No comentó nada al enterarse de que tanto Charnel como Clenin consideraban imposible una visita del asesinado teniente Schmied a casa de Gastmann, y con respecto al escritor de Schernelz mencionado por Clenin, anunció que hablaría personalmente con él.

Tschanz le iba informando con más animación que de costumbre, aliviado por la reanudación del diálogo y porque deseaba calmar su extraña excitación, aunque ya antes de Schüpfen callaron ambos nuevamente.

Poco después de las once se detuvieron ante la casa de Bärlach, en Altenberg, y el comisario se apeó del coche.

—Te agradezco una vez más, Tschanz —dijo estrechándole la mano—. Aunque sea incómodo hablar de ello, lo cierto es que me has salvado la vida.

Aún permaneció un rato de pie y siguió con la mirada las luces traseras del coche que se alejaba velozmente.

—Ahora podrá conducir como quiera.

Entró en su casa sin cerrar con llave y, una vez en el salón-biblioteca, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó de él un arma, que puso cuidadosamente sobre el escritorio, al lado de la serpiente. Era un revólver grande, pesado.

Luego se quitó lentamente el abrigo, dejando al descubierto el brazo izquierdo envuelto en un trozo de paño grueso, como es habitual entre quiénes adiestran perros de presa.

## Capítulo octavo

A la mañana siguiente, el viejo comisario esperaba —y cierta experiencia corroboraba su intuición— que tendría contrariedades, como llamaba a las fricciones con Lutz. «Ya se sabe lo que son los sábados», dijo para sus adentros mientras atravesaba a pie el puente de Altenberg, «los funcionarios enseñan los dientes por pura mala conciencia, pues se han pasado la semana sin hacer nada sensato». Iba con un solemne traje negro, ya que el entierro de Schmied estaba anunciado para las diez. No podía faltar, y eso era lo que realmente le fastidiaba.

Von Schwendi se presentó poco después de las ocho, pero no en casa de Bärlach, sino en la de Lutz, a quien Tschanz acababa de informar sobre lo acaecido la noche anterior.

El coronel militaba en el mismo partido que Lutz —el partido de la Agrupación Conservadora Liberalsocialista de los Independientes—, había promocionado al juez instructor con empeño y se tuteaba con él desde una comida que los reunió tras una sesión de la junta directiva, aunque Lutz no resultó elegido para el Gran Consejo; pues en Berna, explicó von Schwendi, un representante popular que se llamase Lucius era algo absolutamente impensable.

—Es realmente el colmo —empezó a decir en cuanto su gruesa figura apareció en el vano de la puerta—, lo que pueden llegar a hacer tus agentes de la policía de Berna, mi estimado Lutz. Matan a tiros al perro de mi cliente Gastmann, animal de una raza sudamericana muy rara, e interrumpen un acto cultural de Anatol Kraushaar-Raffaelli, el mundialmente famoso pianista. Los suizos no tienen la menor educación ni son gente de mundo, no hay en ellos vestigio alguno de una forma de pensar europea. Tres años de instrucción militar básica es el único medio para combatir todo esto.

Lutz, a quien la aparición de su correligionario le resultaba penosa, y que temía sus interminables tiradas, pidió a von Schwendi que tomara asiento.

—Estamos embarcados en una investigación delicadísima —observó intimidado—. Tú mismo lo sabes, y el joven policía que la dirige puede ser considerado, a escala suiza, como un profesional excepcionalmente talentoso. El viejo comisario que lo acompañaba ya está para el arrastre, lo reconozco. Lamento la muerte de aquel perro sudamericano tan raro, yo mismo tengo perros y soy muy amante de los animales, y claro está que ordenaré una investigación especial, muy severa. En el campo de la criminalística la gente no tiene idea de nada. Cuando pienso en Chicago, nuestra situación me parece francamente desoladora.

Hizo una breve pausa, consternado de que von Schwendi lo mirase fijamente y en silencio, y luego añadió, aunque ya muy inseguro, que tendría que averiguar si el asesinado Schmied había visitado el miércoles a Gastmann, el cliente de von

Schwendi, tal y como la policía sospechaba por una serie de razones.

—Mi querido Lutz —respondió el coronel— dejémonos de cuentos. Eso lo sabéis perfectamente vosotros, los de la policía; conozco a mis colegas.

—¿Qué quiere usted decir, señor consejero nacional? —preguntó Lutz confuso, volviendo involuntariamente al «usted», pues el tuteo nunca le había resultado del todo cómodo.

Von Schwendi se retrepó en su asiento, juntó las manos sobre el pecho y enseñó los dientes, gesto que, en el fondo, debía tanto al coronel como al consejero nacional.

—Oiga doctorcito —dijo—, me gustaría saber por qué le habéis endilgado ese Schmied a mi buen Gastmann. Lo que ocurra allá en el Jura no le va ni le viene a la policía, aún distamos mucho de tener una Gestapo.

Lutz se quedó de una pieza.

—¿Por qué habríamos de endilgarle a Schmied a tu cliente, al que no conocemos de nada? —preguntó en tono desamparado—. ¿Y por qué no habría de interesarnos un asesinato?

—Si no teníais la menor sospecha de que, bajo el nombre de doctor Prantl, catedrático no numerario de historia de la cultura americana en Munich, Schmied asistía a las reuniones que daba Gastmann en su casa de Lamboing, toda la policía tendría que renunciar por incapacidad total y absoluta en el campo de la criminalística —afirmó von Schwendi, tamborileando con su mano derecha sobre el escritorio de Lutz.

—De eso no teníamos idea, mi querido Oskar —replicó Lutz, aliviado porque en ese instante le vino a la memoria el nombre de pila del consejero nacional, que intentaba recordar hacía rato—. Acabo de enterarme de una gran novedad.

—¡Ajá! —dijo von Schwendi en tono seco y guardó silencio, ante lo cual Lutz tomó cada vez más conciencia de su condición de subalterno e intuyó que tendría que ir cediendo paso a paso en todo cuanto el coronel quisiera obtener de él. Paseó una desvalida mirada por los cuadros de Traffelet: los soldados en marcha, las ondeantes banderas suizas, el general a caballo. El consejero nacional advirtió la turbación del juez instructor con cierta sensación de triunfo y añadió a su «¡Ajá!», elucidándolo al mismo tiempo—: ¡Conque la policía acaba de enterarse de una novedad! Una vez más, la policía no tiene idea de nada.

Por desagradable que fuera y aunque el insolente proceder de von Schwendi volviera su situación intolerable, el juez instructor tuvo que admitir que Schmied no había estado donde Gastmann en acto de servicio y que la policía tampoco se había enterado de aquellas visitas a Lamboing. Schmied había actuado a título estrictamente personal, añadió Lutz, concluyendo su penosa explicación. Por qué habría adoptado un nombre falso era para él, de momento, un misterio.

Von Schwendi se inclinó hacia adelante y miró a Lutz con sus ojos, turbios,

inyectados de sangre:

—Eso lo explica todo —dijo—. Schmied era espía de alguna potencia extranjera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lutz más desvalido que nunca.

—Quiero decir —dijo el consejero nacional— que la policía deberá investigar ante todo las razones por las que Schmied estuvo en casa de Gastmann.

—La policía tendría que saber, en primer lugar, algo sobre Gastmann, mi querido Oskar —contradijo Lutz.

—Gastmann no ofrece peligro alguno para la policía —respondió von Schwendi—, y tampoco me gustaría que tú o cualquier otro miembro de la policía tuviera tratos con él. Éste es su deseo, él es cliente mío y yo estoy aquí para velar por el cumplimiento de sus deseos.

Esta desfachatada respuesta anonadó a tal punto a Lutz que en un primer momento fue incapaz de replicar. Encendió un cigarrillo y, en su confusión, se olvidó de ofrecerle uno a von Schwendi. Sólo entonces se arrellanó en su sillón y respondió:

—El hecho de que Schmied estuviera en casa de Gastmann obliga a la policía, lamentablemente, a tener tratos con tu cliente, mi querido Oskar.

Von Schwendi no se dejó desconcertar.

—Obliga a la policía a entrar en contacto, sobre todo, conmigo, pues yo soy el abogado de Gastmann —dijo—. Puedes estar contento de haber tropezado conmigo, Lutz: no sólo quiero ayudar a Gastmann, sino también serte útil a ti. Por supuesto que todo el caso es muy desagradable para mi cliente, pero para ti resulta mucho más penoso, ya que hasta ahora la policía no ha averiguado nada. En general, dudo mucho que consigáis arrojar alguna luz sobre este asunto.

—La policía —respondió Lutz— ha resuelto casi todos los casos de asesinato, así lo demuestran las estadísticas. Reconozco que en el caso Schmied hemos tropezado con ciertas dificultades, pero también —y aquí se atascó un poco— podemos registrar notables resultados. Por nuestros propios medios hemos dado con Gastmann, y además somos los causantes de que Gastmann te haya enviado a vernos. Las dificultades las crea Gastmann, no nosotros, a él le toca pronunciarse sobre el caso Schmied, no a nosotros. Schmied estuvo en su casa, aunque con un nombre falso, y precisamente este hecho obliga a la policía a dirigirse a Gastmann, pues el insólito comportamiento del asesinado pesa en primer término sobre el propio Gastmann. Nosotros tenemos que interrogarlo y sólo podremos no hacerlo a condición de que tú seas capaz de explicarnos con absoluta claridad por qué Schmied fue a visitar a tu cliente con un nombre falso y varias veces, según acabamos de ver.

—Bien —dijo von Schwendi—, hablemos francamente. Verás que no soy yo quien ha de daros una explicación sobre Gastmann, sino que sois vosotros quienes debéis explicarnos qué andaba buscando Schmied en Lamboing. Vosotros sois aquí los acusados, mi querido Lutz, no nosotros.

Y diciendo esto sacó un gran pliego de papel que abrió y extendió sobre el escritorio del juez de instrucción.

—He aquí los nombres de las personas que frecuentan a mi buen Gastmann —dijo—. Es una lista completa. La he distribuido en tres columnas. Descartemos la primera, que no es interesante: son los artistas. Claro que no hay una sola palabra contra Kraushaar-Raffaeli, que es extranjero; no me refiero a los nativos, a los de Utzenstorf y Merligen. O bien escriben dramas sobre la batalla de Morgarten y Niklaus Manuel, o no pintan más que montañas. La segunda columna la integran los industriales. Ya verás los nombres, son gente de prestigio, hombres a quienes considero los mejores exponentes de la sociedad suiza. Digo esto con total sinceridad, aunque yo mismo tenga sangre campesina por mi abuela materna.

—¿Y la tercera columna de los visitantes de Gastmann? —preguntó Lutz al ver que el consejero nacional había enmudecido de repente, poniendo nervioso al juez instructor con su tranquilidad, cosa que, claro está, era la intención de von Schwendi.

—Reconozco que la tercera columna —prosiguió finalmente el coronel— convierte el caso Schmied en algo desagradable para ti y también para los industriales, pues me veo obligado a hablar de cosas que, en realidad, deberían mantenerse en riguroso secreto ante la policía. Pero ya que vosotros, los de la policía de Berna, no habéis podido evitar seguir las huellas de Gastmann, y como por desgracia se ha descubierto que Schmied estuvo en Lamboing, los industriales se han visto obligados a encargarme que, en la medida en que lo exija el caso Schmied, proporcione información a la policía. Lo desagradable para nosotros radica en que hemos de revelar asuntos políticos de extrema importancia, y lo desagradable para vosotros es que la autoridad que tenéis sobre los ciudadanos suizos y no suizos que viven en este país, no la tenéis sobre los que figuran en la tercera columna.

—No entiendo una sola palabra de lo que dices —replicó Lutz.

—Es que nunca has entendido nada de política, mi querido Lucius —dijo von Schwendi—. Las personas de la tercera columna son integrantes de una delegación extranjera sumamente interesada en no figurar, bajo ningún concepto, junto a cierta clase de industriales.



## Capítulo noveno

Por fin entendió Lutz al consejero nacional, y en la oficina del juez instructor reinó un prolongado silencio. Sonó el teléfono, pero Lutz descolgó el auricular sólo para gritar «estoy reunido», tras lo cual volvió a enmudecer. Por último dijo:

—Hasta donde sé, en este momento se está en tratos oficiales con dicha potencia para la firma de un nuevo acuerdo comercial.

—Así es, se está en tratos —replicó el coronel—. Oficialmente se negocia, los diplomáticos quieren tener algo que hacer. Pero extraoficialmente se negocia más todavía, y en Lamboing se hacen tratos a nivel privado. Después de todo, en la industria moderna hay negociaciones en las que el Estado no tiene por qué inmiscuirse, señor juez de instrucción.

—Por supuesto —admitió Lutz, amedrentado.

—Por supuesto —repitió von Schwendi—. Y a esas negociaciones secretas asistió, con nombre falso, el teniente de la policía de Berna Ulrich Schmied, víctima de un lamentable asesinato.

Por el mutismo cargado de perplejidad del juez instructor coligió von Schwendi que había calculado bien. El desvalimiento de Lutz era tan grande que el consejero nacional podía ahora hacer con él lo que quisiera. Como ocurre con muchas naturalezas un tanto simplistas, el imprevisto sesgo tomado por el caso Ulrich Schmied desconcertó tanto al funcionario que se dejó influir e hizo concesiones encaminadas a poner en tela de juicio una investigación objetiva del homicidio. Y, una vez más, trató de trivializar su situación:

—Mi querido Oskar —dijo—, no creo que las cosas revistan tanta gravedad. Claro que los industriales suizos tienen derecho a negociar privadamente con quienes se interesen por ese tipo de negociaciones, aunque se trate de aquella potencia. No lo discuto, y la policía tampoco se mezcla en estas cosas. Schmied estuvo en casa de Gastmann por su cuenta, lo repito, y quisiera disculparme oficialmente por ello; pues sin duda no fue nada correcto que diera un nombre y una profesión falsas, aunque a veces como policía se tengan también ciertos escrúpulos. Pero el caso es que él no estaba solo en esas reuniones, también había artistas, mi querido consejero nacional.

—La decoración necesaria. Vivimos en un país de gran tradición cultural y necesitamos propaganda. Las negociaciones deben mantenerse en secreto, y con quien mejor puede hacerse esto es con los artistas. Atmósfera festiva, asado, vino, puros, mujeres, palique continuo, los artistas se aburren, se sientan juntos, beben y no se dan cuenta de que los capitalistas y los representantes de aquella potencia están reunidos. Tampoco quieren darse cuenta, porque no les interesa. Los artistas sólo se interesan por el arte. Pero un policía que esté allí puede enterarse de todo. No, Lutz, el caso Schmied es inquietante.

—Lamentablemente, no puedo sino repetir que las visitas de Schmied a casa de Gastmann nos resultan, por ahora, incomprensibles —respondió Lutz.

—Si no fue allí por encargo de la policía, fue por encargo de otra institución —replicó von Schwendi—. Hay potencias extranjeras, mi querido Lucius, que se interesan por lo que se cuece en Lamboing. Aquello es política internacional.

—Schmied no era un espía.

—Tenemos todas las razones para suponer que lo era. Para el honor de Suiza es mejor que fuera un espía y no un soplón.

—Ahora está muerto —suspiró el juez instructor, que hubiera dado cualquier cosa por poder interrogar a Schmied personalmente.

—Eso no es asunto nuestro —afirmó el coronel—. No quiero sospechar de nadie, pero sólo aquella potencia extranjera puede tener interés por mantener en secreto las negociaciones de Lamboing. Para nosotros se trata de dinero, para ellos, de principios de política partidista. Seamos sinceros. Ahora bien, justamente en esta dirección la policía sólo puede actuar con grandes dificultades.

Lutz se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Aún no veo muy claramente qué papel desempeña tu cliente Gastmann —dijo con voz lenta.

Von Schwendi se abanicó con el pliego de papel y respondió:

—Gastmann pone su casa a disposición de los industriales y de los representantes de la embajada para que realicen las negociaciones.

—¿Por qué precisamente Gastmann?

Su distinguido cliente, refunfuñó el coronel, poseía las condiciones humanas necesarias para ello. Al haber sido durante años embajador de Argentina en China gozaba de la confianza de la potencia extranjera, y como ex presidente administrativo del trust de la hojalata contaba con la de los industriales. Además, vivía en Lamboing.

—¿A qué te refieres, Oskar?

Von Schwendi sonrió burlonamente:

—¿Habías oído hablar de Lamboing antes del asesinato de Schmied?

—No.

—Precisamente por eso —aseveró el consejero nacional—, porque nadie conoce Lamboing. Necesitábamos un lugar desconocido para nuestros encuentros. Así que ya puedes dejar en paz a Gastmann. Comprenderás que no le haga ninguna gracia entrar en contacto con la policía, y que tampoco le gusten vuestros interrogatorios, vuestros figoneos y vuestra eterna manía de preguntar. Eso está bien para nuestros Luginbühl o von Gunten, cuando vuelvan a tener algo en la conciencia, pero no para un hombre que, en su momento, no aceptó ser elegido miembro de la Academia Francesa. Además, tu policía de Berna ha actuado, la verdad, muy torpemente, ¡a quién se le ocurre dispararle a un perro en medio de un recital de Bach! No es que Gastmann esté

ofendido, más bien todo esto le resulta indiferente, tu policía puede destrozarle la casa a tiros y él ni se inmutaría; pero no tiene sentido molestar a Gastmann, ya que detrás del crimen hay poderes que nada tienen que ver con nuestros buenos industriales suizos ni con mi cliente.

El juez de instrucción, que se paseaba de un lado a otro junto a la ventana, acabó por declarar:

—Tendremos que orientar nuestras pesquisas sobre todo hacia la vida de Schmied. En cuanto a la potencia extranjera, informaremos al fiscal federal. Aún no puedo decir en qué medida se encargará del asunto, pero seguro que nos confiará el trabajo principal. Estoy dispuesto a acatar tu exigencia de respetar a Gastmann y, por supuesto, también prescindiremos de un allanamiento de morada. No obstante, si fuera preciso hablar con él, te rogaría que nos pusieras en contacto y estuvieras presente en la entrevista. De esa manera podré liquidar sin problemas la cuestión de las formalidades con Gastmann. Pues no se trataría en este caso de un interrogatorio, sino de una simple formalidad de la investigación que, en determinadas circunstancias, exigiría que también Gastmann fuera interrogado, aunque la cosa no tenga sentido. Lo cierto es que una investigación ha de ser completa. Hablaremos de arte para darle una apariencia lo más anodina posible, y yo no haré preguntas. Si, pese a todo, tuviera que hacer alguna por pura formalidad, te la comunicaría a ti previamente.

Como el consejero nacional también se había levantado, los dos hombres se hallaban ahora frente a frente. El consejero le dio unas palmaditas en el hombro al juez instructor.

—Veo que estamos de acuerdo —dijo—. Dejarás en paz a Gastmann, Lützchen, te tomo la palabra. Aquí te dejo la carpeta; la lista es explícita y completa. Me pasé la noche entera telefoneando a diestra y siniestra, y ahora la agitación es muy grande. No se sabe si la embajada extranjera aún tendrá interés en las negociaciones cuando se entere del caso Schmied. Hay muchos millones en juego, doctorcito, ¡millones! Te deseo suerte en tus pesquisas. La necesitarás.

Y diciendo estas palabras, von Schwendi se alejó con paso enérgico.

## Capítulo décimo

Lutz tuvo justo el tiempo de mirarse la lista del consejero nacional y ponerla a un lado, asustado por la notoriedad de los nombres —«¡vaya asunto en el que me he enredado!», pensó—, cuando entró Bärlach, claro está que sin llamar. El viejo quería solicitar la autorización legal para visitar a Gastmann en su casa de Lamboing, pero Lutz aplazó el asunto hasta más tarde. Ahora tenían que ir al entierro, dijo levantándose.

Bärlach no protestó y salió de la oficina con Lutz, quien consideraba cada vez más imprudente la promesa de dejar en paz a Gastmann y temía una tenaz oposición por parte de Bärlach. Salieron a la calle sin hablar, arrebujados en sendos abrigos negros cuyas solapas habían levantado. Estaba lloviendo, pero no abrieron sus paraguas para recorrer los pocos pasos que los separaban del coche. Blatter conducía. La lluvia empezó a caer en auténticas cascadas, azotando oblicuamente las ventanillas. Cada uno iba inmóvil en su rincón. «Debo decírselo ahora», pensó Lutz mirando el plácido perfil de Bärlach, quien, como tantas veces, tenía la mano apoyada en el vientre.

—¿Le duele? —preguntó Lutz.

—Siempre —respondió Bärlach.

Luego guardaron otra vez silencio y Lutz pensó: «Se lo diré por la tarde». Blatter conducía lentamente. Todo parecía desaparecer tras una pared blanca debido a la intensidad de la lluvia. Tranvías y automóviles flotaban a la deriva en aquellos monstruosos mares, el juez no sabía dónde estaban, los cristales empapados no permitían distinguir nada. La oscuridad era cada vez mayor dentro del coche. Lutz encendió un cigarrillo, exhaló el humo, pensó que no entablaría ninguna discusión con el viejo por el caso Gastmann, y dijo:

—Los periódicos hablarán del crimen, era imposible seguir ocultándolo.

—Tampoco tendría mayor sentido —respondió Bärlach—, ya tenemos una pista.

El otro apagó su cigarrillo:

—En realidad nunca tuvo sentido.

El comisario calló, y Lutz, que gustosamente hubiera discutido, intentó otra vez mirar por la ventanilla. La lluvia había amainado un poco. Ya estaban en el camino de entrada. El cementerio de Schosshalden se alzaba entre los troncos humeantes, un muro gris, manchado por la lluvia. Blatter llegó al patio interior y se detuvo. Se apearon del coche, abrieron los paraguas y avanzaron por entre las hileras de tumbas. No necesitaron buscar mucho tiempo. Las lápidas y las cruces quedaron atrás. Entraron en una zona que parecía en obras; el suelo estaba lleno de tumbas recién excavadas, con tablas encima. La humedad del césped atravesaba los zapatos, a los que se pegaba la tierra arcillosa. En el centro de aquella zona, entre todas esas tumbas

aún deshabitadas, en cuyo fondo el agua almacenada formaba charcas sucias, entre cruces de madera provisionales y montículos de tierra recubiertos por una espesa capa de flores y coronas ya marchitas, se veía un grupo de personas en torno a una fosa. Aún no habían bajado el ataúd, y el pastor estaba leyendo un pasaje de la Biblia; a su lado, sosteniendo un paraguas para ambos, el sepulturero, aterido, se apoyaba ora en una pierna, ora en la otra. Bärlach y Lutz se pararon junto a la fosa. El viejo oyó un llanto. Era Frau Schönler, gorda y deforme bajo aquella lluvia interminable; junto a ella estaba Tschanz, sin paraguas, las solapas de su impermeable subidas y el cinturón colgando, con un sombrero tieso y negro en la cabeza. A su lado una joven pálida, sin sombrero, cuyos cabellos rubios colgaban en mechones mojados; Anna, pensó involuntariamente Bärlach. Tschanz se inclinó, Lutz hizo un gesto con la cabeza, el comisario ni pestañeó. Miraba a los que estaban al otro lado de la tumba, todos policías de paisano, todos con los mismos chubasqueros, con los mismos sombreros tiesos, negros, los paraguas como espadas en la mano, fantasmagóricos guardianes del difunto, traídos de algún lugar por el viento, irreales en su probidad. Y detrás de ellos, en filas escalonadas, la banda municipal convocada a última hora, en su uniforme rojinegro, tratando de proteger desesperadamente sus instrumentos amarillos bajo los impermeables. Así estaban allí todos alrededor del ataúd, una caja de madera sin corona ni flores que, sin embargo, era lo único cálido y seguro en medio de aquella lluvia interminable, que caía con un tamborileo monótono, siempre más fuerte, cada vez más infinita. El pastor había dejado de hablar hacía rato. Nadie lo advirtió. Sólo se oía la lluvia. El pastor tosió. Una vez. Luego varias veces. Por fin estallaron los bajos, las trompetas, las trompas de caza, las cornetas y los fagotes, solemnes y orgullosos, relámpagos amarillentos entre las olas de lluvia; pero al final también se hundieron, se desvanecieron, se rindieron. Todos se cobijaron bajo los paraguas, bajo los abrigos. La lluvia arreciaba más y más. Los zapatos se hundían en el fango y el agua entraba a raudales en la tumba vacía. Lutz se inclinó y avanzó un paso. Miró el ataúd mojado y volvió a inclinarse.

—Colegas y amigos —dijo, y su voz era casi inaudible entre las cortinas de agua—, colegas y amigos, nuestro camarada Schmied ya no existe.

En ese momento lo interrumpió una canción violenta y chillona:

«El diablo anda suelto,  
el diablo anda suelto,  
y va a dejar todo revuelto».

Dos hombres vestidos de frac se acercaban por el cementerio haciendo eses. Sin paraguas ni impermeable, estaban, totalmente expuestos a la lluvia. Llevaban la ropa pegada al cuerpo y la cabeza cubierta por sendas chisteras, de las que el agua resbalaba sobre sus capas. Traían una enorme corona de laurel verde, cuya cinta

colgaba hacia abajo y rozaba la tierra. Eran dos individuos gigantescos y de aspecto brutal, carniceros con frac, completamente borrachos, a punto de caerse en cualquier momento, pero como jamás tropezaban al mismo tiempo, siempre podían sostenerse mutuamente recurriendo a la corona de laurel, que iba dando tumbos como un barco en un mar tempestuoso. Pronto entonaron otra canción en un dialecto atroz:

«El marido de la molinera se murió,  
pero ella está vivita y coleando,  
pero ella está vivita y coleando,  
y con el peón ya se casó»

y llegaron, casi corriendo, hasta donde estaba la comitiva fúnebre, se abrieron paso entre Frau Schönler y Tschanz, sin que nadie tratara de impedirselo, pues todos estaban como petrificados, y pronto volvieron a alejarse zigzagueando por el césped húmedo, apoyándose el uno en el otro, agarrándose continuamente, tropezando sobre los montículos y derribando cruces en su monumental ebriedad. Su cantilena se perdió entre la lluvia y todo quedó otra vez como antes.

«Todo es efímero,  
Todo se acaba»

fue lo último que se oyó de ellos. Sólo quedaba la corona arrojada sobre el ataúd, en cuya cinta sucia se leía en caracteres negros, ya borrosos: «A nuestro querido doctor Prantl». Pero cuando la gente congregada ante la tumba empezó a salir de su estupor y quiso indignarse por el incidente, cuando la banda municipal, dispuesta a salvar la solemnidad del acto, comenzó a soplar desesperadamente sus instrumentos, la lluvia se convirtió en un temporal tan fuerte y empezó a azotar los tejos con tal violencia que todo el mundo huyó de la tumba, en la que sólo permanecieron los sepultureros, negros espantapájaros entre el ulular del viento y el crepitar del aguacero, dedicados a bajar por fin el ataúd.

## Capítulo undécimo

Cuando Bärlach y Lutz estuvieron otra vez sentados en el coche y Blatter ya enfilaba hacia el camino de entrada por entre los policías y los músicos que huían, el doctor dio finalmente rienda suelta a su indignación:

—Inaudito ese Gastmann —exclamó.

—No entiendo —dijo el viejo.

—Schmied frecuentaba la casa de Gastmann con el nombre de Prantl.

—Entonces ha de ser una advertencia —respondió Bärlach, pero no hizo más preguntas. Se dirigían hacia Muristalden, donde vivía Lutz. Éste pensó que era el momento de hablar sobre Gastmann con el viejo, decirle que había que dejarlo en paz, pero, una vez más, guardó silencio. Se bajó en Burgernziel, y Bärlach se quedó solo.

—¿Desea que lo lleve a la ciudad, señor comisario? —preguntó el policía desde el volante.

—No, llévame a casa, Blatter.

Blatter conducía ahora más deprisa. La lluvia había amainado y, en Muristalden, Bärlach se vio sumido a ratos en una luz deslumbradora: el sol irrumpía por entre las nubes, volvía a desaparecer, reaparecía entre el juego de la niebla y las montañas de nubarrones, colosos venidos del oeste que se remansaban contra los cerros, arrojando monstruosas sombras sobre la ciudad, a orillas del río, un cuerpo abúlico estirado entre bosques y colinas. La cansada mano de Bärlach se deslizó por el abrigo húmedo, sus ojos entrecerrados refulgieron; ávidamente absorbió aquel espectáculo el viejo comisario: la tierra era hermosa. Blatter se detuvo. Bärlach le dio las gracias y se apeó del coche oficial. Ya no llovía, sólo soplabla el viento, un viento húmedo y frío. El viejo esperó un momento a que Blatter girase el pesado coche y volvió a saludarlo cuando se alejaba. Luego se acercó al Aare. Venía crecido y de un color castaño sucio. Un cochecito infantil, viejo y oxidado, flotaba a la deriva; también se veían ramas, un pequeño abeto y, bailando, un barquito de papel. Bärlach contempló el río largo rato: lo amaba. Luego se dirigió a su casa a través del jardín.

Se cambió de zapatos antes de entrar en el salón, pero se detuvo en el umbral. Detrás de su escritorio había un hombre sentado, hojeando la carpeta de Schmied. Su mano derecha jugueteaba con el puñal turco de Bärlach.

—Conque eres tú —dijo el viejo.

—Sí, soy yo —contestó el otro.

El comisario cerró la puerta y se sentó en su sillón, frente al escritorio. En silencio se puso a observar al otro, que siguió hojeando tranquilamente la carpeta de Schmied, una figura casi campesina, plácida y hermética, los ojos muy hundidos en la cara huesuda, aunque redonda, con el cabello corto.

—¿Y ahora te llamas Gastmann? —dijo por fin el viejo.

El otro sacó una pipa y la cargó sin dejar de mirar a Bärlach, la encendió y respondió tamborileando con el índice sobre la carpeta de Schmied:

—Hace ya tiempo que lo sabes. Tú me mandaste al muchacho, estos datos provienen de ti.

Luego cerró la carpeta. Bärlach miró el escritorio, donde aún estaba su revólver con la culata vuelta hacia él; le hubiera bastado con estirar la mano... Y entonces dijo:

—Nunca dejaré de perseguirte. Algún día conseguiré probar tus crímenes.

—Has de darte prisa, Bärlach —respondió el otro—. No te queda mucho tiempo. Los médicos te dan un año más si te operas ahora.

—Tienes razón —dijo el viejo—. Un año más. Y ahora no puedo operarme. Tengo que actuar. Es mi última oportunidad.

—La última —ratificó el otro, y luego volvieron a callarse, un tiempo infinito, sentados frente a frente.

—Hace ya más de cuarenta años —empezó diciendo el otro— que nos encontramos por primera vez en una ruinosa taberna judía, a orillas del Bosforo. Una luna informe y amarilla como un trozo de queso suizo colgaba aquella vez entre las nubes, iluminando nuestras cabezas a través de las vigas podridas, aún lo recuerdo perfectamente. Tú, Bärlach, eras un joven especialista en asuntos policiales al servicio del gobierno turco, solicitado desde Suiza para reformar algo, y yo... pues yo era el aventurero trotamundos que todavía soy, ávido de conocer esta mi única vida y este planeta igualmente único y misterioso. Nos caímos bien a primera vista, sentados allí entre judíos de caftán y griegos sucios. Pero cuando los endiablados tragos que nos tomamos, cuando aquellos zumos fermentados de sabe Dios qué dátiles, y aquellos ardientes mares de extraños trigales próximos a Odesa que bajaron por nuestras gargantas se enseñorearon de nosotros al punto de hacer brillar nuestros ojos como carbones encendidos en la noche turca, nuestra conversación también se acaloró. ¡Oh, cómo me gusta recordar aquel momento, que marcó tu vida y la mía!

Se rió.

Sentado en su sillón, el viejo lo miraba en silencio.

—Aún te queda un año de vida —prosiguió el otro—, y durante cuarenta años me has seguido valientemente la pista. Ésta es la cuenta. ¿Qué discutimos tú y yo aquella vez, Bärlach, entre el tufo de esa taberna del suburbio de Tophane, envueltos en humo de cigarrillos turcos? Tu tesis era que la imperfección humana, el hecho de que no podamos predecir con certeza la forma de actuar de los demás ni tampoco logremos que el azar, que interviene en todo, se integre en nuestros cálculos, es la causa que acaba sacando irremisiblemente a luz la mayoría de los crímenes. Dijiste que cometer un crimen era una estupidez porque es imposible mover a la gente como si fueran



piezas de ajedrez. Yo, en cambio, sostuve la tesis, más por contradecirte que por convencimiento propio, de que precisamente lo intrincado de las relaciones humanas ofrecía la posibilidad de cometer crímenes que *no* pudieran ser descubiertos y, por ello, la gran mayoría de los delitos no solamente quedaban impunes, sino que ni siquiera llegaban a conocerse, como algo que ocurriera en el mayor de los secretos. Y así seguimos discutiendo, impulsados por el infernal ardor de los aguardientes que nos iba sirviendo el tabernero judío y, más aún, seducidos por nuestra juventud, e hicimos soberbiamente una apuesta en el preciso momento en que la luna se ocultaba tras la cercana Asia Menor, una apuesta de la que pusimos al cielo por testigo, así como somos incapaces de reprimir una broma terrible, aunque sea una blasfemia, tan sólo porque su agudeza nos incita como una tentación diabólica del espíritu por el espíritu.

—Tienes razón —dijo el viejo con voz tranquila—, aquella vez hicimos una apuesta.

—No pensaste que yo la cumpliría —prosiguió el otro riéndose— cuando, a la mañana siguiente, nos despertamos con la cabeza pesada en la solitaria taberna, tú sobre un banco desvencijado y yo bajo una mesa todavía impregnada de aguardiente.

—No pensé —respondió Bärlach— que a un ser humano le fuera posible cumplir semejante apuesta.

Guardaron silencio.

—No nos dejes caer en la tentación —empezó a decir nuevamente el otro—. Tu honestidad nunca corrió peligro de caer en la tentación, pero a mí me tentó. Cumplí la audaz apuesta de cometer un crimen en tu presencia sin que te fuera posible probármelo.

—Tres días más tarde —dijo el viejo en voz baja y perdido en sus recuerdos—, cuando cruzábamos el puente Mahmud con un comerciante alemán, lo tiraste al agua ante mis ojos.

—El pobre hombre no sabía nadar y tú mismo eras tan poco diestro en aquel arte que, tras tu fallida tentativa de salvamento te sacaron medio ahogado de las inmundas olas del Cuerno de Oro —añadió el otro, imperturbable—. El crimen tuvo lugar un radiante día del verano turco, con una agradable brisa que soplabá, desde el mar, en un puente muy concurrido y a la vista y paciencia de parejas de enamorados de la colonia europea, musulmanes y mendigos del lugar, y pese a todo no pudiste probarme nada. Me hiciste encarcelar en vano. Horas y horas de interrogatorios para nada. El tribunal creyó mi versión: suicidio del comerciante.

—Pudiste demostrar que el comerciante estaba al borde de la quiebra y había intentado salvarse mediante una estafa —admitió amargamente el viejo, más pálido que de costumbre.

—Elegí mi víctima con sumo cuidado, amigo mío —dijo el otro, riéndose.

—Y así te convertiste en asesino —replicó el comisario.

Absorto en sus pensamientos, el otro jugaba con el puñal turco.

—No podría negar que soy algo parecido a un asesino —dijo por último indolentemente—. Me he ido convirtiendo en un asesino cada vez mejor, como tú en un criminalista cada vez más efectivo. Sin embargo, nunca has podido recuperar el paso de ventaja que te llevaba. Una y otra vez he reaparecido en tu carrera como un fantasma gris, una y otra vez me ha impulsado el deseo de perpetrar, bajo tus narices, como quien dice, crímenes cada vez más atrevidos, violentos y blasfematorios, y tú nunca lograste demostrar que yo los había cometido. Pudiste vencer a los tontos, pero yo te vencí.

Luego prosiguió, observando al viejo atentamente y con aire casi divertido:

—Y así hemos vivido. Tú, una vida subordinada a tus superiores, en tus comisarías y tus enrarecidas oficinas, trepando siempre honradamente y uno a uno los peldaños en la escala de tus modestos éxitos, batallando con ladrones y falsificadores, con pobres diablos que nunca llegaban a nada en la vida, y, en el mejor de los casos, con míseros asesinos de segunda; yo, en cambio, unas veces en las tinieblas, en la espesura de grandes ciudades perdidas, y otras a la luz de brillantes posiciones, cubierto de condecoraciones, haciendo el bien por pura alegría, cuando tenía ganas de hacerlo, o amando el mal también por simple capricho. ¡Qué aventura tan divertida! Tu anhelo era destruir mi vida, y el mío reafirmarla a pesar tuyo. Realmente ¡una noche nos encadenó para siempre!

El hombre sentado tras el escritorio de Bärlach palmoteo; fue una sola palmada, cruel.

—Y aquí estamos ahora, al final de nuestra carrera —exclamó—. Tú has regresado a tu Berna, semi fracasado, a esta ciudad proba y amodorrada, de la que nunca se sabe a ciencia cierta cuánto de vivo y cuánto de muerto contiene todavía, y yo he vuelto a Lamboing también por capricho: a uno le gusta redondear las cosas, pues en este pueblecito dejado de la mano de Dios me dio a luz una mujer enterrada hace ya tiempo, sin pensárselo mucho y bastante absurdamente, y así me escapé también yo, a los trece años, una noche de lluvia. Y aquí estamos de vuelta. Renuncia a todo esto, amigo, no tiene sentido. La muerte no espera.

Y, con un movimiento casi imperceptible de la mano, arrojó al aire el puñal, que rozó la mejilla de Bärlach y se clavó muy hondo en el respaldo del sillón. El viejo no se movió. El otro se rió:

—¿De modo que crees que yo maté al tal Schmied?

—Tengo que investigar este caso —respondió el comisario.

El otro se levantó y cogió la carpeta.

—Me la llevo.

—Algún día conseguiré probar tus delitos —dijo Bärlach por segunda vez—; y

ésta es la última oportunidad.

—En esta carpeta se hallan las únicas y exiguas pruebas que Schmied reunió para ti en Lamboing. Sin ella estás perdido. Y seguro que no tienes copias ni fotocopias, te conozco.

—No —admitió el viejo—, no tengo nada que se le parezca.

—¿No quieres utilizar el revólver para impedírmelo? —preguntó el otro en tono burlón.

—Le habrás quitado las balas —contestó Bärlach, imperturbable.

—Así es —dijo el otro dándole palmaditas en la espalda. Luego pasó junto al viejo, la puerta se abrió y volvió a cerrarse, y fuera se oyó golpear una segunda puerta. Bärlach siguió un rato sentado en su sillón, la mejilla apoyada contra la fría hoja del cuchillo. Pero de pronto cogió el revólver y lo revisó. Estaba cargado. Se levantó de un salto, corrió al vestíbulo y luego a la puerta de entrada, que abrió bruscamente, empuñando el arma en la mano.

La calle estaba vacía.

Luego vino el dolor, ese dolor monstruoso, rabioso, lancinante, un sol que surgía dentro de él y lo obligaba a tirarse a la cama y encogerse, ardiendo con la fiebre, tiritando. El viejo se arrastró de un lado a otro como un animal, retorciéndose en el suelo, sobre la alfombra, y se quedó luego echado en algún lugar de su habitación, entre las sillas, bañado en un sudor frío. «¿Qué es el hombre?», gimió quedamente, «¿qué es el hombre?».

## Capítulo duodécimo

Pero volvió a levantarse. Después del ataque se sintió mejor, libre de dolores al cabo de mucho tiempo. Bebió vino caliente a pequeños sorbos, cautelosos, y no tomó nada más. Sin embargo, no renunció a su paseo habitual por la ciudad a través de la Bundesterrasse; aunque iba medio dormido, cada paso entre aquel aire limpio le hacía un gran bien. Lutz, frente a quien no tardó en estar sentado en la oficina, no advirtió nada: quizá estuviera demasiado ocupado con su mala conciencia para poder advertir algo. Estaba decidido a informar a Bärlach sobre su conversación con von Schwendi aquella misma tarde y no por la noche, y para ello adoptó una postura fría y objetiva, echando el pecho hacia delante como el general del cuadro de Traffelet que colgaba encima de él, e informó al viejo en un lenguaje brusco y telegráfico. Para su enorme sorpresa, el comisario no halló nada que objetar, estuvo de acuerdo en todo y opinó que lo mejor sería aguardar la decisión del parlamento federal y centrar las indagaciones fundamentalmente en la vida de Schmied. Lutz quedó tan sorprendido que abandonó su postura y se mostró cordial y muy locuaz.

—Claro que me he informado sobre Gastmann —dijo—, y sé sobre él lo suficiente para estar convencido de que es imposible tomarlo en consideración como, asesino.

—Naturalmente —dijo el viejo.

Lutz, que aquel mediodía había recibido unas cuantas informaciones de Biel, jugó al hombre seguro:

—Es oriundo de Pockau, en Sajonia, hijo de un mayorista en artículos de cuero; primero fue ciudadano argentino y diplomático de su país en China (debió de emigrar a Sudamérica en su juventud), luego se hizo francés; ha pasado gran parte de su vida viajando. Fue condecorado con la Cruz de la Legión de Honor y sus publicaciones sobre temas de biología le han dado renombre. Muy revelador de su carácter es el hecho de que no aceptara ser admitido en la Academia francesa. Eso me impone respeto.

—Un rasgo interesante —admitió Bärlach.

—Sobre sus dos criados aún se están haciendo averiguaciones. Tienen pasaportes franceses, pero parecen provenir de la región de Emmental. El día del entierro se permitieron una broma pesada por cuenta de él.

—Gastar bromas parece ser una costumbre muy de Gastmann —dijo el viejo.

—Sin duda se indignó por la muerte de su perro. El caso Schmied es, ante todo, muy enojoso para nosotros. Avanzamos por un camino totalmente falso. Estamos en una situación delicadísima. Podemos considerarnos dichosos de que yo sea amigo de von Schwendi. Gastmann es un hombre de mundo y goza de la total confianza de los empresarios suizos.

—En ese caso ha de ser un buen hombre —opinó Bärlach.

—Su personalidad se halla por encima de toda sospecha.

—Decididamente —asintió el viejo.

—Por desgracia no podemos decir lo mismo de Schmied —concluyó Lutz y pidió comunicación con la fiscalía federal.

Mientras esperaba juntó al aparato, el comisario, que ya se había vuelto para marcharse, dijo de pronto:

—Tengo que pedirle una semana de permiso por enfermedad, doctor.

—De acuerdo —respondió Lutz, poniendo la mano sobre el auricular, pues ya le habían contestado—. No necesita venir el lunes.

En la oficina de Bärlach aguardaba Tschanz, que se levantó cuando entró el viejo. Quiso parecer tranquilo, pero el comisario intuyó que el agente estaba nervioso.

—Vamos a casa de Gastmann —dijo Tschanz—, ya va siendo hora.

—A casa del escritor —respondió el viejo, poniéndose el abrigo.

—Rodeos, todo son rodeos —gruñó Tschanz al bajar las escaleras detrás de Bärlach. El comisario se detuvo en la salida.

—Pero si es el Mercedes azul de Schmied...

Tschanz dijo que lo había comprado a plazos, a alguien tenía que pertenecer el coche, de todas formas, y subió. Bärlach se sentó a su lado, y Tschanz cogió por la plaza de la estación hacia Bethlehem. Bärlach refunfuñó:

—Vuelves a pasar por Ins.

—Me gusta este camino.

El comisario contempló los campos lavados por la lluvia. Todo estaba bañado en una luz clara, serena. En el cielo, un sol cálido y suave se inclinaba ya ligeramente hacia el ocaso. Ambos iban en silencio. Tan sólo una vez, entre Kerzers y Müntschemier, dijo Tschanz:

—La señora Schönler me dijo que usted se llevó una carpeta de la habitación de Schmied.

—Nada oficial, Tschanz; algo estrictamente privado.

El agente no replicó ni preguntó nada más, pero Bärlach tuvo que golpear el velocímetro cuando ya marcaba ciento veinticinco.

—No tan rápido, Tschanz, no tan rápido. No es que tenga miedo, pero mi estómago no va nada bien. Soy un hombre viejo.

## Capítulo decimotercero

El escritor los recibió en su cuarto de trabajo. Era una habitación vieja y de techo bajo, que obligó a ambos visitantes a agacharse en la puerta como bajo un yugo. Afuera ladraba aún el perrito blanco de cabeza negra, y en algún lugar de la casa lloriqueaba un niño. El escritor estaba sentado junto a una ventana gótica, vestido con un mono de trabajo y una chaqueta de piel marrón. Cuando entraron los visitantes, giró su silla hacia ellos sin abandonar el escritorio, profusamente cubierto de papeles. No se levantó, apenas si saludó y se limitó a preguntar qué deseaba de él la policía. «Es descortés», pensó Bärlach, «no le gustan los policías; los escritores nunca han querido a los policías». El viejo decidió actuar con prudencia; Tschanz tampoco estaba muy entusiasmado con todo el asunto. «En cualquier caso, no dejarse observar, de lo contrario acabaremos en un libro», pensaron aproximadamente los dos. Pero cuando, atendiendo a una invitación del dueño de la casa, acabaron sentados en dos mullidos sillones, advirtieron, sorprendidos, que se hallaban iluminados por la luz de la ventanita, mientras que ellos apenas podían verle la cara al escritor entre todos los libros de aquel cuarto bajo y de color verde: tan alevoso era el contraluz.

—Venimos por el asunto Schmied —comenzó diciendo el viejo—, el que fue asesinado a la altura de Twann.

—Lo sé. Es el asunto del doctor Prantl, que espiaba a Gastmann —respondió la oscura masa que se interponía entre ellos y la ventana—. Gastmann me lo ha contado.

El rostro se le iluminó unos instantes cuando encendió un cigarrillo. Los dos aún pudieron ver cómo la cara se contraía en una mueca irónica:

—¿Quieren conocer mi coartada?

—No —dijo Bärlach.

—¿No me acusan del crimen? —preguntó el escritor, visiblemente desilusionado.

—No —respondió el comisario en tono seco—. A usted no.

El escritor se quejó:

—Ya estamos otra vez, ¡en Suiza los escritores son objeto del más triste de los desprecios!

El viejo se rió:

—Si tanto le interesa saberlo, le diré que ya conocemos su coartada. A las doce y media de la noche del crimen se encontró usted con el guardabosque entre Lamlingen y Schernelz, y volvió con él a casa. Los dos tenían que recorrer el mismo camino. El guardabosque dijo que usted estaba muy alegre.

—Lo sé. La policía de Twann ha interrogado al guardabosque ya dos veces sobre mí. Y a toda la gente de aquí, incluida mi suegra. Está claro que han sospechado de mí —comprobó el escritor con orgullo—. ¡También es una forma de éxito literario!

Bärlach pensó que era su vanidad de escritor lo que le hacía desear ser tomado en

serio. Los tres guardaron silencio. Tschanz hacía grandes esfuerzos por verle la cara, pero con aquella luz era imposible.

—¿Qué más desean? —resopló finalmente el escritor.

—¿Frecuenta usted mucho a Gastmann?

—¿Un interrogatorio? —preguntó la masa oscura, acercándose aún más a la ventana—. Ahora no tengo tiempo.

—No sea usted tan despiadado, por favor —dijo el comisario—, si sólo queremos charlar un rato.

El escritor refunfuñó y Bärlach volvió a la carga:

—¿Frecuenta usted mucho a Gastmann?

—De vez en cuando.

—¿Por qué?

El viejo esperaba otra respuesta agria, pero el escritor se limitó a reír y a lanzarles volutas enteras de humo a la cara; por último dijo:

—Una persona interesante el tal Gastmann, comisario, de las que atraen a los escritores como moscas. Cocina estupendamente, una maravilla. Fíjese...

Y el escritor empezó a explayarse sobre las habilidades culinarias de Gastmann, a describir un plato tras otro. Los visitantes escucharon cinco minutos, luego otros cinco más, pero cuando el tipo llevaba ya un cuarto de hora hablando de las capacidades culinarias de Gastmann como tema único, Tschanz se levantó y dijo que, lamentablemente, no habían ido allí por amor al arte culinario, pero Bärlach lo contradujo y, recuperando una gran vivacidad, afirmó que aquello le interesaba, tras lo cual se lanzó a hablar también él. Reanimado, el viejo se refirió a su vez al arte culinario de los turcos, rumanos, búlgaros, yugoslavos y checos, y ambos empezaron a tirarse platos típicos como si fueran pelotas. Tschanz sudaba y maldecía para sus adentros. Era imposible apartar a aquellos dos del arte culinario, aunque al final, después de tres cuartos de hora, se detuvieron totalmente exhaustos, como tras una larga comilona. El escritor encendió un puro. Silencio. Al lado volvió a lloriquear el niño. Abajo ladró el perro. Y Tschanz preguntó de pronto, en medio de la habitación:

—¿Asesinó Gastmann a Schmied?

La pregunta era elemental, el viejo negó con la cabeza y la oscura masa sentada ante ellos dijo:

—¡Usted sí que no se anda con rodeos!

—Le ruego que responda —dijo Tschanz en tono decidido y se inclinó hacia delante, pero la cara del escritor permaneció irreconocible.

Bärlach sintió curiosidad por ver cómo reaccionaría el interrogado.

El escritor siguió en silencio.

—¿Cuándo fue asesinado el policía? —preguntó por último.

Tschanz contestó que antes de la medianoche.

Que ignoraba si las leyes de la lógica también eran válidas para la policía, replicó el escritor, y tenía serias dudas al respecto, pero ya que él —como la policía había comprobado celosamente— se había encontrado con el guardabosque a las doce y media en el camino a Schernelz y, por lo tanto, debía de haberse despedido de Gastmann apenas diez minutos antes, era evidente que éste no podía ser el asesino.

Tschanz quiso saber si a esa hora aún quedaban otros invitados en casa de Gastmann.

El escritor respondió que no.

—¿Se despidió Schmied junto con los otros?

—El doctor Prantl solía ser siempre el penúltimo en despedirse —contestó el escritor no sin cierta sorna.

—¿Y quién era el último?

—Yo.

Tschanz no cedió.

—¿Estaban presentes los dos criados?

—No lo sé.

El agente quiso saber por qué no podía darle una respuesta clara.

En su opinión la respuesta era suficientemente clara, replicó el escritor en tono áspero. Que él nunca solía fijarse en ese tipo de criados.

Si Gastmann era buena o mala persona, preguntó luego Tschanz con una especie de desesperación y una desinhibición tales que el comisario se sintió incomodísimo. «Será un auténtico milagro que no nos ponga en su próxima novela», pensó.

El escritor lanzó tal nube de humo hacia la cara de Tschanz que lo hizo toser. Hubo un largo silencio en la habitación, ni siquiera se oyó llorar al niño.

—Gastmann es una mala persona —dijo por último el escritor.

—Y, sin embargo, usted lo visita con frecuencia ¿sólo porque cocina bien? —preguntó Tschanz, irritado, tras un nuevo acceso de tos.

—Sólo por eso.

—No lo entiendo.

El escritor se rió. Dijo que después de todo él también era una especie de policía, pero sin poder, sin Estado, sin ley ni cárcel que lo respaldaran. También era su profesión observar de cerca a la gente.

Tschanz calló, confundido, y Bärlach dijo:

—Yo lo entiendo. —Y luego, al cabo de un rato—: Resulta que mi subordinado Tschanz, con su celo exagerado, nos ha acabado metiendo en un callejón sin salida del que difícilmente podré evadirme sin dejar parte del pellejo. Pero la juventud también tiene su lado bueno, de modo que aprovechemos la ventaja de que un buey, con toda su fogosidad, nos haya abierto el camino (Tschanz enrojeció de rabia al oír las palabras del comisario). Ciñámonos a las preguntas y a las respuestas que, en



nombre de Dios, han sido hechas. A la ocasión la pintan calva. ¿Cómo se imagina usted todo este asunto, caballero? ¿Se puede pensar en Gastmann como el posible asesino?

La oscuridad había aumentado en el cuarto, pero al escritor no se le ocurrió encender la luz. Se sentó en el alféizar de la ventana, de suerte que ambos policías quedaron como prisioneros en una cueva.

—Considero a Gastmann capaz de cualquier delito —fue la frase que llegó brutalmente de la ventana, en un tono de voz no carente de perfidia—. Pero estoy convencido de que no cometió el asesinato de Schmied.

—Usted conoce a Gastmann —dijo Bärlach.

—Me hago una imagen del personaje —dijo el escritor.

—Se hace *su* imagen del personaje —corrigió fríamente el viejo a la oscura masa sentada ante ellos en el alféizar de la ventana.

—Lo que me fascina de él no es tanto su talento como cocinero (aunque a estas alturas difícilmente habrá cosas que me entusiasmen más), sino la posibilidad de que un hombre sea realmente un nihilista —dijo el escritor—. Siempre causa impresión encontrarse con una consigna hecha realidad.

—Lo que siempre impresiona es, sobre todo, escuchar a un escritor —dijo el comisario secamente.

—Quizás Gastmann haya hecho más cosas buenas que los tres que estamos sentados aquí, en esta habitación —prosiguió el escritor—. Cuando digo que es malo, me estoy refiriendo a que, por puro capricho, es capaz de hacer tanto el bien como el mal del que lo creo capaz. Nunca hará el mal por conseguir algo, como otros perpetran sus delitos para tener dinero, conquistar una mujer o hacerse con el poder; lo hará cuando sea absurdo, quizás, pues para él siempre hay dos posibilidades, el mal y el bien, y el azar decide.

—Usted deduce todo esto como si fueran cuestiones matemáticas —replicó el viejo.

—Y es que también lo son —respondió el escritor—. Uno podría construirse su contrario en el mal, como construye una figura geométrica como imagen especular de otra, y estoy seguro de que, en algún lugar, también existe un ser humano así, quizás usted mismo se encuentre con él. Si se encuentra con uno, se encontrará con el otro.

—Eso suena a programa —dijo el viejo.

—Y es también un programa ¿por qué no? —dijo el escritor—. Como imagen especular de Gastmann me imagino a un hombre que fuera un delincuente porque el mal, que él practicaría con el mismo fanatismo con que otro, por discernimiento, haría el bien, vendría a constituir su moral, su filosofía.

El comisario opinó que sería mejor volver a Gastmann, le resultaba más próximo.

—Como quiera —dijo el escritor—, volvamos a Gastmann, comisario, a este polo

del mal. El mal no es en él expresión de una filosofía o de un impulso, sino de su libertad: la libertad de la nada.

—Por esa libertad no doy ni un céntimo —respondió el viejo.

—Tampoco tiene por qué dar crédito alguno por ella —replicó el otro—. Pero uno podría dedicar su vida al estudio de ese hombre y de su libertad.

—*Su vida* —dijo el viejo.

El escritor se calló. Parecía no querer decir nada más.

—Tengo que vérmelas con un Gastmann de verdad —dijo finalmente el viejo—. Con un hombre que vive cerca de Lamlingen, en la llanura del Tessenberg, y organiza veladas que le han costado la vida a un teniente de policía. Necesito saber si la imagen que usted me ha mostrado es la imagen de Gastmann o la de sus propios sueños.

—La de nuestros sueños —dijo el escritor.

El comisario guardó silencio.

—No lo sé —concluyó el escritor acercándose a los dos para despedirse, aunque sólo le tendió la mano a Bärlach—. Nunca me he preocupado de estas cosas. Después de todo, es tarea de la policía investigar este asunto.

## Capítulo decimocuarto

Los dos policías volvieron a su coche perseguidos por el perrillo blanco que les ladraba con furia, y Tschanz se sentó al volante.

—Este escritor no me gusta nada —dijo.

Bärlach acomodó su abrigo antes de subir. El perrillo se había trepado a la cerca de un viñedo y seguía ladrando.

—Ahora a casa de Gastmann —dijo Tschanz poniendo el motor en marcha. El viejo negó con la cabeza.

—A Berna.

Bajaron hacia Ligerz atravesando un paisaje que se les abría a una inquietante profundidad. Ampliamente desplegados veíanse allí los elementos: piedra, tierra, agua. Ellos avanzaban por la sombra, pero el sol, que se había puesto detrás del Tessenberg, aún iluminaba el lago, la isla, las colinas, las estribaciones montañosas, los glaciares en el horizonte y los colosales torreones de nubes que flotaban en los azules mares del cielo. Imperturbable, el viejo contemplaba aquel tiempo preinvernal, perpetuamente cambiante. «Siempre lo mismo», pensaba, «por más que cambie, siempre lo mismo». Pero cuando el camino viró bruscamente y el lago, un escudo abovedado, quedó en la vertical debajo de ellos, Tschanz detuvo el coche.

—Tengo que hablar con usted, comisario —dijo nervioso.

—¿Qué deseas? —preguntó Bärlach, mirando el abismo rocoso.

—Tenemos que ver a Gastmann, no hay otro camino para seguir adelante, es lo lógico. Ante todo hay que interrogar a los criados.

Bärlach se recostó en el respaldo y, con su aire de señor encanecido, serio, observó fría y serenamente al joven que iba a su lado:

—Por Dios, Tschanz, no siempre podemos hacer lo que es lógico. Lutz no quiere que visitemos a Gastmann. Cosa comprensible, pues ha tenido que someter el caso al fiscal federal. Esperemos su decisión. Hay extranjeros de mucho cuidado implicados en este asunto.

La indolencia del comisario sacó de quicio a Tschanz.

—Es absurdo —exclamó—, Lutz está saboteando la investigación con sus miramientos políticos. Von Schwendi es amigo suyo y abogado de Gastmann, es fácil imaginar por dónde van sus intereses.

Bärlach no movió un solo músculo facial:

—Es bueno que estemos solos, Tschanz. Lutz ha actuado quizás algo precipitadamente, pero tiene sus razones. El secreto está en Schmied, no en Gastmann.

Tschanz no se dejó desconcertar:

—¡Nuestra única tarea es buscar la verdad! —exclamó desesperadamente en

dirección a las montañas de nubes que se acercaban—. ¡La verdad y nada más que la verdad: quién es el asesino de Schmied!

—Tienes razón, la verdad: quién es el asesino de Schmied —repitió Bärlach, pero fríamente, sin patetismo.

El joven policía puso su mano sobre el hombro izquierdo del comisario y miró aquel rostro impenetrable:

—Por eso hemos de actuar con todos los medios de que disponemos, y en contra de Gastmann. Una investigación debe ser impecable. No siempre se puede hacer todo lo que es lógico, dice usted. Pero en este caso *debemos* hacerlo. No podemos ignorar a Gastmann.

—Gastmann no es el asesino —dijo Bärlach secamente.

—Pero existe la posibilidad de que Gastmann haya organizado el crimen. Tenemos que interrogar a sus criados —replicó Tschanz.

—No veo qué motivo pudo haber impulsado a Gastmann a matar a Schmied —dijo el viejo—. Tenemos que buscar al autor allí donde el hecho pueda tener algún sentido, y esto sólo interesa al fiscal federal —prosiguió.

—También el escritor cree que Gastmann es el asesino —exclamó Tschanz.

—¿Y tú también lo crees? —preguntó Bärlach acechante.

—Yo también, comisario.

—Entonces eres el único —comprobó Bärlach—. El escritor solamente lo considera capaz de cualquier crimen, cosa muy diferente. No se ha pronunciado sobre los actos de Gastmann, sino sobre sus potencialidades.

El otro perdió entonces la paciencia y cogió al viejo por los hombros.

—Me he pasado largos años en la sombra, comisario —dijo jadeante—. Y siempre he sido postergado, menospreciado, utilizado como último recurso, como un recadero más o menos hábil.

—Lo admito, Tschanz —repuso Bärlach, mirando fijamente el desesperado rostro del joven—, has estado durante años a la sombra del que ahora ha sido asesinado.

—Y sólo porque él tuvo una educación mejor. Sólo porque sabía latín.

—Eres injusto con él —respondió Bärlach—, Schmied era el mejor criminalista que he conocido jamás.

—Y ahora que por primera vez tengo una oportunidad —exclamó Tschanz—, todo ha de quedar nuevamente en nada, y mi única oportunidad de ascender ha de irse a pique por un estúpido juego de diplomacias. Usted es el único que aún puede cambiar esto, comisario, hable con Lutz, sólo usted puede conseguir que me permita ver a Gastmann.

—No, Tschanz —dijo Bärlach—, no puedo hacerlo.

El otro lo sacudió como a un colegial, sosteniéndolo entre sus puños, y gritó:

—¡Hable con Lutz, hable!

Pero el viejo no se dejó ablandar:

—Es imposible, Tschanz —dijo—. Ya no sirvo para esas cosas. Soy viejo y estoy enfermo. A mi edad uno necesita tranquilidad. Tendrás que ayudarte tú solo.

—Está bien —dijo Tschanz soltando repentinamente a Bärlach y cogiendo otra vez el volante, pálido como un muerto y temblando—. Ya veo que no puede usted ayudarme.

Continuaron bajando hacia Ligerz.

—Dime, ¿estuviste en Grindelwald durante tus vacaciones? ¿En la pensión Eiger? —preguntó el viejo.

—Así es, comisario.

—¿Tranquila y no muy cara?

—Usted lo ha dicho.

—Bien, Tschanz, mañana me iré allí a descansar un poco. Necesito aire de altura. He pedido una semana de baja por enfermedad.

Tschanz no contestó de inmediato. Sólo cuando doblaron por la carretera de Biel a Neuenburg, comentó, con una voz que volvió a sonar como de costumbre:

—La altura no siempre es buena, comisario.

## Capítulo decimoquinto

Aquella misma tarde fue Bärlach a ver a su médico, el doctor Samuel Hungertobel, en la Bärenplatz. Ya habían encendido las luces, y una noche cada vez más oscura iba cayendo minuto a minuto. Desde la ventana de Hungertobel contempló el comisario la plaza y la marea humana que se agitaba allá abajo. El médico recogió sus instrumentos. Bärlach y Hungertobel se conocían de toda la vida: habían sido compañeros de instituto.

—El corazón está bien —dijo Hungertobel—, ¡gracias a Dios!

—¿Has ido elaborando alguna ficha sobre mi caso? —le preguntó Bärlach.

—Una carpeta entera —respondió el médico, señalándole un alto de papeles encima del escritorio—. Todo sobre tu enfermedad.

—¿No le has hablado a nadie de ella? —preguntó el viejo.

—¡Pero Hans! —dijo el otro anciano—, ¡eso es secreto profesional!

Abajo, en la plaza, apareció un Mercedes que al pasar bajo una farola lanzó un destello azul y se detuvo luego entre otros coches aparcados. Bärlach prestó más atención. Del automóvil se apeó Tschanz, y con él una joven de impermeable blanco, sobre el que la cabellera se derramaba en rubios mechones.

—¿Han entrado a robarte alguna vez, Samuel? —preguntó el comisario.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé, se me ha ocurrido.

—Una vez encontré mi escritorio revuelto —confesó Hungertobel—, y tu historial clínico estaba encima de todo. Del dinero no faltaba nada, aunque había muchísimo en el escritorio.

—¿Y por qué no pusiste una denuncia?

El médico se rascó la cabeza:

—Como te digo, no faltaba ni un céntimo, pese a lo cual quise hacer la denuncia; pero luego se me olvidó.

—Ajá —dijo Bärlach—, se te olvidó. Contigo al menos tienen suerte los ladrones.

Y pensó: «Así se enteró Gastmann». Volvió a mirar hacia la plaza. Tschanz entraba con la joven en el restaurante italiano. «El mismo día del entierro», pensó Bärlach, apartándose definitivamente de la ventana. Miró a Hungertobel, que estaba sentado a su escritorio, escribiendo.

—¿Cómo me encuentras?

—¿Tienes dolores?

El viejo le contó su ataque.

—Mal asunto, Hans —dijo Hungertobel—; tendremos que operarte dentro de tres días. No hay otra salida.

—Ahora me siento mejor que nunca.

—Dentro de cuatro días te vendrá otro ataque, Hans —dijo el médico—, y no lo sobrevivirás.

—Entonces aún me quedan dos días. Dos días, y en la mañana del tercero me operarás. El martes por la mañana.

—El martes por la mañana —dijo Hungertobel.

—Y luego aún tendré un año de vida ¿verdad, Samuel? —preguntó Bärlach mirando, impenetrable como siempre, a su compañero de instituto. Éste se levantó de un salto y empezó a pasearse por la habitación:

—¡Pero qué tonterías dices!

—Me las dijo el que leyó mi historial clínico.

—¿Eres tú el ladrón? —exclamó el médico, nervioso.

Bärlach negó con la cabeza:

—No, yo no. Pero la cosa es así, Samuel; sólo un año más.

—Sólo un año más —repitió Hungertobel, se sentó junto a la pared de su consulta, en una silla, y miró desamparado a Bärlach, que estaba de pie en medio del cuarto, inmóvil y humilde, envuelto en una soledad fría, lejana, y cuya mirada perdida obligó al médico a bajar los ojos.

## Capítulo decimosexto

Hacia las dos de la mañana se despertó Bärlach repentinamente. Se había acostado temprano y, siguiendo el consejo de Hungertobel, había tomado por primera vez un somnífero, de modo que atribuyó su brusco despertar a esas precauciones, para él nada habituales. Sin embargo, creyó haber sido despertado, una vez más, por algún ruido. Se sentía —como ocurre muchas veces cuando nos despertamos de golpe— extraordinariamente lúcido y despejado; no obstante, tuvo primero que orientarse, y sólo al cabo de unos instantes —que después nos parecen una eternidad— logró situarse. No estaba en el dormitorio, como era su costumbre, sino en la biblioteca; pues, preparado a pasar una mala noche, quiso, según recordó luego, leer un rato más, pero un profundo sueño debió de vencerlo. Sus manos recorrieron su cuerpo, aún estaba vestido, sólo se había cubierto con una manta de lana. Aguzó el oído. Algo cayó al suelo, era el libro que había estado leyendo. La oscuridad del cuarto sin ventanas era profunda, aunque no total; por la puerta abierta del dormitorio entraba una luz débil, desde allí brillaban los reflejos de la noche tormentosa. A lo lejos oyó el ulular del viento. Al cabo de un rato distinguió en la oscuridad una estantería y una silla, así como el borde de la mesa, sobre la cual, según comprobó haciendo un esfuerzo, aún seguía el revólver. De pronto sintió una corriente de aire, una ventana hizo ruido en el dormitorio y la puerta se cerró con un violento golpe. Seguidamente oyó el viejo un leve rozamiento que llegaba del pasillo. Y comprendió. Alguien había abierto la puerta de la casa y penetrado en el pasillo, aunque sin contar con la posibilidad de una corriente de aire. Bärlach se levantó y encendió la lámpara de pie.

Luego cogió el revólver y le quitó el seguro. En ese momento el otro también encendió la luz del pasillo. Bärlach, que a través de la puerta entornada vio la lamparilla encendida, quedó sorprendido, pues no vio sentido alguno en aquel acto del intruso. Lo comprendió sólo cuando ya era demasiado tarde. Vio la silueta de un brazo y una mano que cogió la lamparilla, luego brilló una llama azul y se fue la luz: el desconocido había arrancado la lamparilla, provocando un cortocircuito. Bärlach quedó en la más absoluta oscuridad, el otro había iniciado la lucha e impuesto las condiciones: el viejo debería combatir en las tinieblas. Bärlach aferró el arma y abrió cautelosamente la puerta del dormitorio, en el que entró. Por las ventanas penetraba una luz incierta, casi imperceptible al principio, que, sin embargo, se intensificaba a medida que la vista se iba acostumbrando. El comisario se apoyó contra la pared, entre la cama y la ventana que daba al río; la otra ventana estaba a su derecha y daba a la casa vecina. Así permaneció de pie, rodeado de una oscuridad impenetrable, y en una posición, sin duda, desfavorable al no poder evadirse, pero con la esperanza de que su invisibilidad compensaría todo aquello. La puerta que comunicaba con la biblioteca se hallaba iluminada por la débil luz de las ventanas. Tendría que distinguir



la silueta del desconocido cuando la traspusiera. En ese momento brilló en la biblioteca el fino haz luminoso de una linterna, que se deslizó sobre los libros, luego sobre el piso, el sillón y, finalmente, sobre el escritorio. El rayo iluminó de pronto el puñal en forma de serpiente, y Bärlach volvió a ver la mano a través de la puerta entreabierta, enfrente de él. Iba enfundada en un guante de piel marrón, palpó la mesa y se cerró en torno al mango del puñal.

El comisario levantó su arma y apuntó. En ese instante se apagó la linterna. Sin haber logrado su propósito, el viejo dejó caer el revólver y esperó. Desde su puesto podía mirar por la ventana, intuyó la negra masa del río que fluía incesante, la ciudad que se apiñaba al otro lado, la catedral perforando el cielo como una flecha, y, por encima, el cabalgar de las nubes. Permaneció inmóvil, esperando al enemigo que había venido a matarlo. Su mirada taladró la incierta abertura de la puerta. Aguardó. Todo estaba silencioso, sin vida. El reloj del pasillo dio la hora: las tres. Escuchó. A lo lejos percibió el suave tic-tac. De algún lugar llegó el bocinazo de un coche, que pasó de largo. Ruido de gente en un bar. En algún momento creyó oír respirar a alguien, pero debió equivocarse. Y allí continuó de pie, y en algún lugar de su casa estaba el otro, y la noche, que bajo su negro manto ocultaba la serpiente mortal, el puñal que buscaba su corazón. El viejo apenas respiraba. Allí siguió con el arma aferrada, sin sentir casi que un sudor frío se iba deslizando por su nuca. No pensó en nada más, ni en Gastmann, ni en Lutz, ni tampoco en la enfermedad que le roía el cuerpo, hora tras hora, y estaba a punto de destruir la vida que él ahora defendía, ansioso de vivir y solamente de vivir. Ya no era sino un ojo que horadaba la noche, una oreja atenta a percibir el más leve rumor, una mano aferrada al frío metal del arma. Pero al final percibió la presencia del asesino de forma distinta a como la había imaginado: sintió en la mejilla un frío extraño, una mínima alteración en el aire. Pasó un buen rato sin poder explicárselo, hasta que adivinó que la puerta que llevaba del dormitorio al comedor se había abierto. El adversario había desbaratado sus cálculos por segunda vez, dando un rodeo para entrar en el dormitorio, invisible, inaudible, imparable, con el puñal-serpiente en la mano. Bärlach supo entonces que tenía que empezar la batalla, ser el primero en actuar, él, un hombre viejo y mortalmente enfermo debería empezar la lucha por una vida que aún podía durar un año más si todo iba bien, si Hungertobel operaba debidamente. Dirigió el revólver hacia la ventana que daba al Aare. Luego disparó una, dos, tres veces en total, con un gesto rápido y seguro, a través del vidrio hecho trizas, en dirección al río. Y se dejó caer. Algo pasó silbando sobre su cabeza, era el puñal, que ahora se balanceaba clavado en la pared. Pero el viejo ya había conseguido lo que quería: en la otra ventana se encendió una luz, eran los de la casa vecina, que se asomaron por sus ventanas abiertas; muertos de miedo y confundidos, miraban hacia la noche. Bärlach se incorporó. La luz de los vecinos iluminaba el dormitorio; borrosamente alcanzó a ver

aún la sombra de una silueta en la puerta del comedor, luego sonó la de la calle al cerrarse, y, debido a la corriente de aire, las de la biblioteca y del comedor, un portazo tras otro, la ventana también se cerró violentamente; luego hubo un silencio. La gente de la casa vecina seguía mirando la noche. El viejo no se despegó de la pared, con el arma todavía en la mano. Allí se quedó, inmóvil, como si ya no sintiera el tiempo, la gente se retiró, las luces se apagaron. Bärlach siguió pegado a la pared, nuevamente en la oscuridad, confundido con ella, solo en la casa.

## Capítulo decimoséptimo

Al cabo de una media hora se dirigió al pasillo y buscó su linterna de bolsillo. Telefonó a Tschanz que viniera en seguida. Luego cambió los fusibles quemados por otros nuevos y la luz volvió a la casa. Bärlach se sentó en su sillón y escuchó los ruidos de la noche. Un coche se detuvo fuera, frenando bruscamente. Otra vez oyó abrirse la puerta de la calle y luego unos pasos. Tschanz entró en la habitación.

—Han intentado matarme —dijo el comisario.

El agente estaba pálido. No llevaba sombrero, los cabellos revueltos le caían sobre la frente, y bajo su abrigo de invierno asomaba el pijama. Fueron juntos al dormitorio. Tschanz sacó el puñal de la pared no sin esfuerzo, pues se había incrustado muy hondo en la madera.

—¿Con esto? —preguntó.

—Con esto, Tschanz.

El joven policía miró con detenimiento el cristal destrozado.

—¿Disparó usted contra la ventana, comisario? —preguntó sorprendido.

Bärlach le contó todo.

—Es lo mejor que pudo hacer —murmuró el otro.

Se dirigieron al pasillo y Tschanz levantó la bombilla del suelo.

—Muy listo —comentó en tono admirativo y volvió a dejarla.

Luego regresaron a la biblioteca. El viejo se estiró en el diván, se cubrió con la manta y permaneció allí, desvalido, de pronto viejísimo y como desmarrido. Tschanz seguía con el puñal en la mano. Preguntó:

—¿Y no pudo reconocer a su agresor, comisario?

—No. Fue precavido y se largó rápidamente. Sólo alcancé a ver que llevaba guantes de piel marrón.

—Eso es poco.

—No es nada. Pero aunque no lo vi, y apenas pude oír su respiración, sé quién era. Lo sé, lo sé.

Todo eso lo dijo con una voz casi inaudible. Tschanz sopesó el puñal en su mano y observó aquella figura yacente, gris, aquel anciano cansado, aquellas manos inmóviles junto al frágil cuerpo como flores marchitas al lado de un muerto. Luego miró los ojos de Bärlach, que, tranquilos, impenetrables, claros, estaban clavados en él. Tschanz puso el puñal sobre el escritorio.

—Esta mañana debería irse a Grindelwald, está enfermo. ¿O prefiere no ir? Tal vez no sea lo más indicado, por la altura. Allí es invierno ahora.

—Sí, iré.

—Entonces será mejor que duerma un poco. ¿Quiere que me quede vigilándolo?

—No, puedes irte, Tschanz —dijo el comisario.

—Buenas noches —dijo el policía y salió lentamente.

El viejo ya no contestó, parecía haberse dormido. Tschanz abrió la puerta de la casa, salió y volvió a cerrarla. Lentamente recorrió los pocos pasos que lo separaban de la calle, y cerró también la puerta del jardín, que estaba abierta. Luego se volvió hacia la casa. Aún era noche cerrada. Todas las cosas estaban como perdidas en esa oscuridad, también las casas vecinas. Sólo bastante más arriba ardía una farola, una estrella perdida entre aquellas lóbregas tinieblas, cargada de tristeza, llena del rumor del río. Tschanz se detuvo un instante y, bruscamente, soltó una maldición en voz baja. Su pie empujó de nuevo la puerta del jardín y, con aire decidido, el agente atravesó otra vez el jardín hasta la puerta de la casa, volviendo sobre sus pasos. Empuñó el picaporte y presionó hacia abajo. Pero la puerta de la casa estaba cerrada con llave.

Bärlach se levantó a las seis sin haber dormido. Era domingo. El viejo se lavó y se cambió de ropa. Luego pidió un taxi por teléfono; quería comer en el vagón restaurante. Cogió el cálido abrigo de invierno y salió de la casa para adentrarse en la mañana gris; no llevaba ningún equipaje consigo. El cielo estaba claro. Un estudiante gandul pasó zigzagueando y con tufo a cerveza; saludó. «Es Blaser», pensó Bärlach, «ya es la segunda vez que este pobre chico suspende el examen preclínico. Y es ahí cuando empiezan a beber». El taxi llegó y se detuvo. Era un coche americano, grande. El taxista, que llevaba el cuello subido —Bärlach apenas pudo verle los ojos —, le abrió la portezuela.

—A la estación —dijo el viejo y subió. El coche se puso en marcha.

—¿Qué tal? —dijo una voz a su lado—; ¿cómo te va? ¿Has dormido bien?

Bärlach volvió la cabeza. En el rincón opuesto iba Gastmann. Llevaba un impermeable claro y tenía los brazos cruzados, con las manos enfundadas en guantes de piel marrón. Sentado allí, parecía un campesino viejo y burlón. Desde el asiento delantero, el chófer volvió la cara y sonrió maliciosamente. Ya no llevaba el cuello alzado: era uno de los criados. Bärlach comprendió que había caído en una trampa.

—¿Y ahora qué quieres de mí? —preguntó el viejo.

—Aún me sigues la pista. Fuiste a ver al escritor —dijo Gastmann desde su rincón; su voz sonaba amenazadora.

—Es mi profesión.

El otro no dejaba de mirarlo:

—Todos los que se han metido conmigo han muerto, Bärlach.

El chófer conducía a una velocidad demencial por el Aargauerstalden.

—Aún estoy vivo, y siempre me he metido contigo —respondió el comisario tranquilamente.

Ambos guardaron silencio.

El chófer seguía conduciendo como una exhalación rumbo a la Viktoriaplatz. Un

anciano que cruzaba renqueando la calle pudo salvarse con gran esfuerzo.

—Tened cuidado —dijo Bärlach irritado.

—Más deprisa —exclamó Gastmann tajante y miró burlonamente al viejo—. Me gusta la velocidad de las máquinas.

El comisario se estremeció. Detestaba los espacios vacíos. Atravesaron el puente a toda marcha, rozando casi un tranvía, y, teniendo debajo la cinta plateada del río, se acercaron como una flecha a la ciudad, que se les ofrecía complaciente. Las calles aún estaban desiertas, y en lo alto el cielo era cristalino.

—Te aconsejo que abandones el juego. Ya va siendo hora de que admitas tu derrota —dijo Gastmann al tiempo que rellenaba su pipa.

El viejo miró las oscuras bóvedas de las arcadas que se sucedían vertiginosamente, las espectrales figuras de dos policías plantados frente a la librería Lang.

«Geissbühler y Zumsteg», pensó: «Debería pagar de una vez el Fontane».

—No podemos abandonar nuestro juego —respondió por último—. Aquella noche en Turquía tú te hiciste culpable, Gastmann, por haber hecho la apuesta, y yo por haberla aceptado.

Pasaron delante del Parlamento federal.

—¿Sigues creyendo que yo maté a Schmied? —preguntó el otro.

—En ningún momento lo he creído —replicó el viejo y prosiguió luego, mirando con indiferencia cómo Gastmann encendía su pipa—: Pero como no he podido acusarte de los crímenes que cometiste, ahora te acusaré de uno que no has cometido.

Gastmann examinó al comisario de pies a cabeza.

—Con esta eventualidad no había contado para nada —dijo—. Tendré que tomar mis precauciones.

El comisario no respondió.

—Tal vez seas un tipo más peligroso de lo que creía, viejo —dijo Gastmann, pensativo, desde su rincón.

El coche se detuvo. Estaban en la estación.

—Es la última vez que hablo contigo, Bärlach —añadió—. La próxima te mataré, suponiendo que sobrevivas a tu operación.

—Te equivocas —dijo Bärlach, tiritando ligeramente en el aire matinal de la plaza—. No me matarás. Soy el único que te conoce y, por lo tanto, también soy el único que puede juzgarte. Ya te he juzgado, Gastmann, y te he condenado a muerte. No pasarás del día de hoy. El verdugo que he elegido irá a verte hoy mismo. Te matará, porque es algo que hay que hacer algún día, en nombre de Dios.

Gastmann se estremeció y clavó una mirada sorprendida en el viejo, que en ese momento entraba en la estación, las manos enterradas en su abrigo, sin volverse, perdiéndose en el oscuro edificio que poco a poco se iba llenando de gente.

—¡Viejo loco! —gritó de pronto Gastmann en dirección al comisario, en voz tan alta que varios transeúntes se volvieron—. ¡Viejo loco!  
Pero Bärlach ya había desaparecido.

## Capítulo decimoctavo

El día, que se iba haciendo notar cada vez más, era claro y magnífico; el sol, una bola impecable, proyectaba sombras definidas y alargadas que apenas si recortaba al avanzar. La ciudad, una concha blanca, absorbía y devoraba la luz en sus callejas para escupirla otra vez de noche en millares de luces, un monstruo que continuamente paría, destrozaba y enterraba nuevos hombres. La mañana se hacía cada vez más radiante, un escudo luminoso sobre el eco lejano de las campanas. Pálido a la luz que rebotaba de las paredes, Tschanz llevaba una hora esperando. Se paseaba inquieto de un lado a otro bajo los pórticos, frente a la catedral, y a ratos observaba también las gárgolas, caras grotescas y salvajes que miraban fijamente el pavimento encendido por el sol. Por fin se abrieron los portones. El río de gente era impresionante, había predicado Lüthi, pero al instante distinguió Tschanz el impermeable blanco. Anna se dirigió hacia él. Dijo que se alegraba de verlo y le dio la mano. Subieron juntos por la Kesslergasse, entre el enjambre de fieles que salían de la iglesia, rodeados de ancianos y jóvenes, aquí un profesor, allí una panadera endomingada, más allá dos estudiantes con una chica, algunas docenas de funcionarios, maestros, todos limpios, todos bien aseados, todos hambrientos, todos felices ante la perspectiva de comer mejor ese mediodía. Llegaron a Kasinoplatz, la atravesaron y bajaron hacia Marzili. En el puente se detuvieron:

—Fräulein Anna —dijo Tschanz—, hoy pienso desenmascarar al asesino de Ulrich.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó ella sorprendida.

De pie allí frente a él, se veía pálida y delgada.

—Creo saberlo —dijo—. Cuando lo entregue a la justicia —y titubeó brevemente antes de preguntar— ¿será usted para mí lo mismo que fue para su difunto novio?

Anna no respondió de inmediato. Se arrebujó en su abrigo como si tuviera frío. Un suave vientecillo le desordenó los rubios cabellos. Y al final dijo:

—Así será.

Se dieron la mano, y Anna pasó a la otra orilla. Él la siguió con la mirada. Su impermeable blanco relucía entre los troncos de los abedules, se perdía entre los paseantes y volvía a aparecer, hasta que por fin se desvaneció. Tschanz se encaminó entonces a la estación, donde había dejado el coche, y partió hacia Ligerz. Ya era casi mediodía cuando llegó, pues había ido despacio, parando en algunos sitios: daba una vuelta por los campos, fumando, volvía al coche y seguía. En Ligerz se detuvo frente a la estación y subió las escalinatas de la iglesia. Se había tranquilizado. El lago era de un azul profundo, las vides estaban sin hojas, y entre ellas asomaba la tierra, ocre y liviana. Pero Tschanz no veía nada ni se preocupaba por nada. Subía a un paso regular e incontenible, sin volverse ni detenerse. El camino, orillado por muros

blancos, era empinado e iba dejando atrás un viñedo tras otro. El agente subía cada vez más arriba, tranquilo, lento, imperturbable, la mano derecha en el bolsillo del abrigo. Alguna lagartija atravesaba a veces su camino, las águilas ratoneras alzaban el vuelo, la campiña entera temblaba bajo el sol, como si fuera verano; él seguía subiendo. Más tarde se internó en el bosque, abandonando los viñedos. Hacía más fresco. Entre los troncos brillaban los picos blancos del Jura. Continuó subiendo cada vez más alto, siempre al mismo paso, avanzando siempre al mismo ritmo, hasta que llegó a unos campos de labranza y pastoreo. El camino ascendía ahora más suavemente. Pasó junto a un cementerio, un rectángulo enmarcado por un muro gris, con un portón abierto de par en par. Mujeres vestidas de negro circulaban por los senderos interiores, y un anciano encorvado siguió con la mirada al caminante que pasó de largo, la mano derecha en el bolsillo del abrigo.

Llegó a Prêles, pasó por delante del hotel Bären y dobló hacia Lamboing. El aire de la meseta estaba inmóvil y sin vapores. Los objetos, incluso los más lejanos, se perfilaban con una nitidez extraordinaria. Sólo la cresta del Chasseral aparecía cubierta de nieve, todo lo demás brillaba en un ocre suave, interrumpido por el blanco de las paredes, el rojo de los tejados y las cintas negras de las tierras de labor. Tschanz seguía caminando acompasadamente; el sol le daba en la espalda y proyectaba su sombra delante de él. El camino empezó a bajar y él se dirigió al aserradero; ahora el sol le daba de costado. Siguió andando sin pensar, sin ver, impulsado sólo por *un* designio, dominado por *una* pasión. En algún lugar ladró un perro, que luego se acercó y olfateó al caminante antes de volver a alejarse. Tschanz siguió avanzando, siempre por el lado derecho del camino, paso a paso, ni más lento ni más rápido, en dirección a la casa que ya asomaba entre el color pardo de los campos, enmarcada por unos álamos pelados. El agente abandonó el camino y continuó a campo traviesa. Sus zapatos se hundían en la tierra caliente de un campo no arado; siguió caminando. Por último llegó al portón. Estaba abierto y entró. En el patio había un coche americano. Tschanz no se fijó en él. Se dirigió a la puerta de entrada, que también estaba abierta, penetró en un vestíbulo, abrió una segunda puerta y entró luego en un salón que ocupaba la planta baja. Se detuvo. Por las ventanas entraba una luz deslumbrante. Ante él, a menos de cinco pasos de distancia, estaba Gastmann, y a su lado, gigantescos, los criados, inmóviles y amenazadores: dos carniceros. Los tres se habían puesto el abrigo, listos para salir de viaje, con una pila de maletas junto a ellos.

Tschanz se detuvo.

—¿Conque es usted? —dijo Gastmann y miró, ligeramente sorprendido, el rostro tranquilo y pálido del policía, y, detrás de él, la puerta aún abierta.

Luego rompió a reír:

—¡A esto se refería el viejo! ¡No deja de ser hábil, sumamente hábil!



Los ojos de Gastmann estaban muy abiertos y una alegría espectral brillaba en ellos.

Imperturbable, sin decir nada y casi lentamente, uno de los carniceros sacó un revólver del bolsillo y disparó. Tschanz sintió un golpe en el hombro izquierdo, sacó rápidamente su mano derecha del bolsillo y saltó a un lado. Luego disparó tres veces hacia la risa de Gastmann, cuyos ecos se extinguieron como en un espacio vacío, infinito.

## Capítulo decimonoveno

Alertados telefónicamente por Tschanz, llegaron Charnel desde Lamboing, Clenin desde Twann y, de Biel, la brigada móvil. Encontraron a Tschanz sangrando junto a los tres cadáveres, un segundo tiro lo había herido en el antebrazo izquierdo. El combate debió de ser breve, aunque los tres muertos alcanzaran a disparar. A cada uno se le encontró un revólver, y uno de los criados tenía el suyo firmemente aferrado. Lo que ocurrió tras la llegada de Charnel ya no pudo precisarlo Tschanz. Se desmayó dos veces mientras lo vendaba el médico de Neuveville, pero sus heridas no revestían peligro. Más tarde fueron llegando aldeanos, campesinos, obreros, mujeres. El patio estaba repleto y la policía acordonó el recinto, pero una joven consiguió llegar hasta el salón donde se arrojó, gritando, sobre Gastmann. Era la camarera, la novia de Charnel. Éste, rojo de ira, se hallaba presente. Luego trasladaron a Tschanz al automóvil, entre campesinos que abrían paso.

—Ahí yacen ahora los tres —dijo Lutz a la mañana siguiente señalando los muertos, pero su voz no sonó triunfante, sino triste y cansada.

Von Schwendi asintió con la cabeza, consternado. El coronel había ido a Biel con Lutz, por encargo de sus clientes. Ahora estaba en el recinto donde yacían los cadáveres. Por un ventanuco enrejado entraba un rayo de luz oblicuo. Ambos estaban allí con los abrigos puestos, pero tiritando. Lutz tenía los ojos rojos. Se había pasado toda la noche examinando los diarios de Gastmann y una serie de documentos taquigrafiados, de difícil lectura.

El doctor metió aún más sus manos en los bolsillos:

—El miedo que los hombres nos tenemos unos a otros nos lleva a crear Estados, von Schwendi —prosiguió en voz baja—, a rodearnos de guardianes de todo tipo, de policías, de soldados, de una opinión pública; pero ¿de qué nos sirve?

La cara de Lutz se contrajo en una mueca, los ojos se le desorbitaron y el juez lanzó una carcajada hueca y quejumbrosa en medio del recinto, vacío y pobre, que los rodeaba.

—Una cabeza hueca al frente de una gran potencia, consejero, y en seguida nos arrastrará la resaca; un Gastmann, y nuestras cadenas no tardarán en estar rotas y los puestos de avanzada, asediados.

Von Schwendi se dio cuenta de que lo mejor sería hacer que el juez instructor pusiera los pies en la realidad, mas no sabía muy bien cómo.

—Nuestros círculos son explotados de forma casi vergonzosa por toda suerte de personas —dijo por último—. Es penoso, terriblemente penoso.

—Nadie sospechaba nada —lo tranquilizó Lutz.

—¿Y Schmied? —preguntó el consejero nacional, contento de haber pronunciado una palabra clave.

—En casa de Gastmann encontramos una carpeta que pertenecía a Schmied. Contenía datos sobre la vida de Gastmann y conjeturas sobre sus crímenes. Schmied estaba intentando desenmascararlo. Lo hacía a título personal, fallo que hubo de pagar con su vida. Pues se ha demostrado que Gastmann también mandó matar a Schmied: debieron de asesinarlo con el revólver que uno de los criados tenía en la mano cuando Tschanz le disparó. El examen del arma lo confirmó de inmediato. Además, la causa del asesinato es evidente: Gastmann temía ser desenmascarado por Schmied. Éste hubiera debido confiarse a nosotros. Pero era joven y ambicioso.

Bärlach entró en el recinto mortuario. Cuando Lutz vio al viejo, se puso melancólico y volvió a esconder las manos en los bolsillos.

—Vaya, vaya, comisario —dijo, apoyando el cuerpo alternativamente en una y otra pierna—, qué bien que nos encontremos aquí. Ha vuelto usted a tiempo de su permiso y yo tampoco he llegado demasiado tarde con mi consejero nacional. Los muertos están servidos. Hemos discutido mucho, Bärlach, yo era partidario de una policía sofisticada y que funcionase por todo lo alto, hasta la habría dotado de la bomba atómica, y usted, comisario, se inclinaba por algo más humano, por una especie de guardia rural integrada por abuelos sensatos. Enterremos la disputa. Ambos estábamos equivocados. Tschanz nos ha rebatido de forma totalmente anticientífica con su simple revólver. No quiero saber cómo. Ciertamente actuó en defensa propia, tenemos que creerle y podemos creerle. El botín valía la pena, los asesinos merecían mil veces la muerte, como suele decirse; de haber procedido científicamente, estaríamos ahora husmeando en los ambientes diplomáticos extranjeros. Tendré que ascender a Tschanz. Y aquí estamos ahora nosotros dos, como un par de burros. El caso Schmied está cerrado.

Lutz bajó la cabeza, confundido por el enigmático silencio del viejo, se deprimió y volvió a ser de pronto el funcionario correcto y esmerado; carraspeó y se sonrojó al observar a von Schwendi, no recuperado aún de su perplejidad. Luego salió lentamente, acompañado por el coronel, a la oscuridad del pasillo, y dejó a Bärlach solo. Los cadáveres yacían en camillas y estaban cubiertos con sábanas negras. De las paredes grises, vacías, empezaba a desprenderse el yeso. Bärlach se acercó a la camilla del centro y descubrió al muerto. Era Gastmann. El comisario se inclinó ligeramente sobre él, sosteniendo la sábana negra en la mano izquierda. En silencio contempló el rostro céreo del difunto, el gesto aún risueño de los labios; las órbitas de ambos ojos eran ahora más profundas, y nada terrible acechaba ya en esos abismos. Así se encontraron por última vez el cazador y la presa, que yacía aniquilada a sus pies. Bärlach presintió entonces que la vida de *ambos* había llegado a su fin, y, una vez más, su mirada se deslizó a lo largo de los años, su espíritu volvió a recorrer los misteriosos senderos del laberinto que había sido su vida y la del otro. Entre ellos ya sólo quedaba la inconmensurabilidad de la muerte, un juez cuya sentencia es el

silencio. El viejo permaneció un rato inclinado; la mortecina luz de la celda le daba en la cara y en las manos e iluminaba también el cadáver, una luz válida para ambos, creada para ambos, que los reconciliaba a ambos. El silencio de la muerte se abatió sobre él, deslizándose en su interior, pero no le dio paz como al otro. Los muertos siempre tienen razón. Lentamente volvió a cubrir Bärlach la cara de Gastmann. Era la última vez que lo veía; a partir de entonces, su enemigo pertenecía a la tumba. *Un solo* pensamiento lo había dominado durante años: aniquilar al que ahora yacía a sus pies en aquel recinto gris y vacío, salpicado por trocitos de yeso como por una nieve escasa, ligera; y ya sólo le quedaba el cansino gesto de cubrirlo, un humilde ruego de olvido, única gracia capaz de apaciguar un corazón consumido por un furioso fuego.

## Capítulo vigésimo

Aquel mismo día, a las ocho en punto, llegó Tschanz a la casa del viejo en Altenberg, convocado urgentemente por éste a dicha hora. Para su gran asombro, le abrió una criada joven con delantal blanco, y cuando llegó al pasillo, oyó desde la cocina un gorgoteo de agua y alimentos en ebullición, además de un tintineo de vajilla. La criada lo ayudó a quitarse el abrigo. Aunque llevaba el brazo en cabestrillo, había acudido en su propio coche. La joven le abrió la puerta del comedor, y Tschanz se quedó de una pieza: la mesa estaba puesta para una elegante cena de dos personas. En un candelabro ardían varias velas, y a uno de los extremos estaba sentado Bärlach en un sillón, iluminado por la rojiza luz de las velas, una imperturbable imagen de la placidez.

—Toma asiento, Tschanz —exclamó el viejo señalando a su invitado un segundo sillón que habían acercado a la mesa. Tschanz se sentó, aletado.

—No sabía que venía a una cena —dijo por último.

—Tenemos que celebrar tu victoria —respondió el viejo con voz tranquila y arrimó a un lado el candelabro, de suerte que se miraron de lleno en la cara. Luego dio unas palmadas. Se abrió la puerta y una mujer imponente y rolliza les trajo una bandeja repleta hasta los bordes de sardinas, cangrejos, ensaladas de pepino, tomates, guisantes y cerros de mayonesa y huevos duros; en el centro había embutidos, carne de pollo y salmón. El viejo se sirvió un poco de todo. Tschanz, atónito ante la gigantesca porción que iba a despacharse aquel enfermo del estómago, sólo se hizo servir un poco de ensalada de patatas.

—¿Qué bebemos? —preguntó Bärlach—. ¿Vino de Ligerz?

—Bueno, vino de Ligerz —respondió Tschanz como en sueños.

La criada entró y sirvió el vino. El comisario empezó a comer, cogió pan y fue devorando el salmón, las sardinas, la carne roja de los cangrejos, el fiambre, las ensaladas, la mayonesa y el asado frío, palmeó otra vez y se hizo servir nuevamente. Tschanz, como paralizado, aún no había terminado su ensalada de patatas. Bärlach se hizo llenar la copa por tercera vez.

—Ahora las empanadas y el tinto de Neuenburg —exclamó.

Les cambiaron los platos y el viejo se hizo servir tres empanadas rellenas con hígado de ganso, carne de cerdo y trufas.

—Pero usted está enfermo, comisario —dijo Tschanz por último, titubeando.

—Hoy no, Tschanz, hoy no. ¡Estoy festejando el haber descubierto, por fin, al asesino de Schmied!

Apuró la segunda copa de tinto y atacó la tercera empanada, comiendo sin pausa, deglutiendo ávidamente los alimentos de este mundo, triturándolos entre sus mandíbulas, como un demonio que aplacase un hambre infinita. Ampliada dos veces,

su imagen se dibujaba en la pared: los vigorosos movimientos de los brazos y la inclinación de la cabeza figuraban algo similar a la danza triunfal de un cabecilla negro. Tschanz observaba, aterrado, el siniestro espectáculo que ofrecía ese enfermo en fase terminal. Y permaneció allí sentado, inmóvil, sin comer, sin probar el más mínimo bocado, sin mojar siquiera sus labios en la copa. Bärlach pidió luego que le trajeran costillas de ternera, arroz, patatas fritas y ensalada de lechuga, además de champagne. Tschanz empezó a temblar.

—Usted ha estado fingiendo —dijo jadeante—. ¡Usted no está enfermo!

El otro no contestó de inmediato. Primero se rió, luego se concentró en la ensalada, disfrutando de cada hoja por separado. Tschanz no se atrevió a interrogar una segunda vez al terrible viejo.

—Sí, Tschanz —dijo Bärlach por último, y sus ojos brillaron salvajemente—, he estado fingiendo. Nunca he estado enfermo. —Y se llevó un trozo de carne de ternera a la boca, y siguió comiendo sin parar, insaciablemente.

El joven agente advirtió entonces que había caído en una trampa insidiosa cuya puerta acababa de cerrarse detrás de él. De sus poros brotó un sudor frío. El terror lo fue atenazando con brazos cada vez más fuertes. Se había dado cuenta de su situación demasiado tarde, ya no había salvación posible.

—Usted lo sabe, comisario —dijo en voz baja.

—Sí, Tschanz, lo sé —dijo Bärlach en tono firme y sereno, aunque sin levantar la voz, como si hablara de algo indiferente—. Tú eres el asesino de Schmied.

Luego cogió la copa de champagne y la vació de un trago.

—Siempre sospeché que usted lo sabía —gimió el otro, con voz casi inaudible.

El viejo ni se inmutó. Como si nada le interesara aparte de aquella cena, se llenó el plato de arroz por segunda vez, despiadadamente, lo roció con salsa y puso encima una chuleta de ternera. Una vez más intentó Tschanz salvarse, defenderse del diabólico comensal.

—La bala provenía del revólver que se le encontró al criado —aseveró obstinadamente. Pero su voz sonó acobardada.

Un relámpago de desprecio atravesó los ojos entornados de Bärlach.

—Absurdo, Tschanz. Sabes perfectamente que el revólver que el criado tenía en la mano cuando lo encontraron era el *tuyo*. Tú mismo se lo pusiste entre los dedos. Sólo el descubrimiento de que Gastmann era un asesino impidió detectar tu juego.

—Eso no podrá demostrármelo *nunca* —protestó Tschanz, desesperado.

El viejo se irguió en su asiento, ya no enfermo ni decaído, sino poderoso y sereno, la encarnación de una superioridad sobrehumana, un tigre que juega con su víctima, y apuró el resto de champagne. Luego se hizo servir queso por la camarera que entraba y salía sin parar, y lo acompañó con rábanos, pepinillos en salmuera y cebollines encurtidos. Seguía ingiriendo nuevos alimentos, como si sólo pudiera probar una vez

más, la última, aquello que la tierra ofrece a los hombres.

—¿Aún no te has dado cuenta, Tschanz —dijo por último—, de que me demostraste tu delito hace ya tiempo? El revólver es tuyo, porque el perro de Gastmann, al que mataste para salvarme, fue abatido por una bala que procedía de la misma arma que dio muerte a Schmied: *tu* arma. Te traicionaste cuando me salvaste la vida.

—¡Cuando le salvé la vida! Por eso no encontré luego a la bestia —respondió Tschanz mecánicamente—. ¿Sabía usted que Gastmann poseía un perro de aquella raza sudamericana?

—Sí. Y yo me había envuelto el brazo izquierdo en un trapo.

—De modo que también allí me tendió usted una trampa —dijo el asesino, casi sin voz.

—Así es. Pero la primera prueba me la diste el viernes, cuando fuiste conmigo a Ligerz, pasando por Ins, para representar la comedia del «Caronte azul». Schmied había ido el miércoles por Zollikofen, yo lo sabía, pues aquella noche se detuvo en el garaje de Lyss.

—¿Cómo pudo usted saberlo? —preguntó Tschanz.

—Muy simple: telefoneando. Quien pasó por Ins y Erlach aquella noche fue el asesino: tú, Tschanz. Venías de Grindelwald. La pensión Eiger también posee un Mercedes azul. Llevabas varias semanas observando a Schmied, habías espiado cada uno de sus pasos, celoso de sus capacidades, de su éxito, de su cultura, de su amiga. Sabías que estaba pendiente de Gastmann, sabías incluso cuándo lo visitaba, pero no sabías por qué. Y un buen día, por casualidad, descubriste sobre su escritorio la carpeta con los documentos. Decidiste ocuparte del caso y matar a Schmied para obtener, por una vez, éxito. Acertadamente pensaste que te resultaría fácil endosarle el crimen a Gastmann. Y cuando descubrí en Grindelwald un Mercedes azul, en seguida supe cómo habías actuado: alquilaste el automóvil la noche del miércoles. Me informé al respecto. Lo que sigue es simple: fuiste por Ligerz hasta Schernelz y dejaste el coche en el bosque de Twannbach, que cruzaste siguiendo un atajo por la quebrada y llegaste así al camino que une Twann con Lamboing. Junto a los peñascos aguardaste a Schmied, que te reconoció y paró, sorprendido. Abrió la puerta, y en ese momento lo mataste. Tú mismo me lo contaste. Y ahora tienes lo que deseabas: su éxito, su puesto, su coche y su amiga.

Tschanz escuchaba al inexorable ajedrecista que le había dado un mate y estaba terminando su aterradora cena. Las velas flameaban más inquietas, la luz vacilaba sobre las caras de ambos hombres, las sombras se adensaban. Un silencio de muerte se hizo en aquel infierno nocturno; las criadas no volvieron a aparecer. Inmóvil, el viejo ya ni siquiera parecía respirar, la trémula luz lo envolvía en ondas siempre nuevas, un fuego rojo que se quebraba contra el hielo de su frente y de su alma.

—Ha jugado usted conmigo —dijo Tschanz lentamente.

—He jugado contigo —respondió Bärlach con terrible seriedad—. No podía actuar de otro modo. Tú me habías matado a Schmied y yo tenía que echarle el guante.

—Para matar a Gastmann —completó Tschanz, que comprendió de golpe toda la verdad.

—Tú lo has dicho. Me he pasado media vida intentando desenmascarar a Gastmann, y Schmied era mi última esperanza. Yo lo lancé contra aquel demonio hecho hombre, un noble animal contra una bestia salvaje. Y entonces apareciste tú, Tschanz, con tu ridícula y criminal ambición, y aniquilaste mi única oportunidad. En ese momento eché mano de ti, el asesino, y te convertí en la más terrible de mis armas, pues te impulsaba la desesperación: el asesino tenía que encontrar otro asesino. Convertí mi meta en tu meta.

—Para mí ha sido un infierno —dijo Tschanz.

—Ha sido un infierno para los dos —prosiguió el viejo con una terrible calma—. La intervención de von Schwendi te puso en una situación extrema, de alguna manera tenías que desenmascarar a Gastmann como el asesino, cualquier desviación de la pista que condujera a Gastmann podría llevar a la tuya. Ya sólo podía ayudarte la carpeta de Schmied. Sabías que estaba en mi poder, pero ignorabas que Gastmann se la había llevado de mi casa. Por eso me asaltaste la noche del sábado al domingo. También te inquietaba que me fuera a Grindelwald.

—¿Sabía usted que fui yo quien lo asaltó? —preguntó Tschanz casi sin voz.

—Lo supe desde el primer momento. Todo cuanto hice, lo hice con la intención de sumirte en la más negra de las desesperaciones. Y cuando caíste en ella, te dirigiste a Lamboing para tomar, sea como fuere, alguna decisión.

—Uno de los criados de Gastmann inició el tiroteo —dijo Tschanz.

—El domingo por la mañana anuncié a Gastmann que enviaría a alguien para darle muerte.

Tschanz se estremeció. Sintió un escalofrío.

—¡De modo que usted nos azuzó a Gastmann y a mí como a animales!

—Bestia contra bestia —dijo la inexorable voz desde el otro sillón.

—Entonces fue usted el juez y yo el verdugo —jadeó el otro.

—Así es —respondió el viejo.

—¡Y yo, que tan sólo he acatado su voluntad, me gustara o no, soy ahora un asesino, alguien al que hay que perseguir!

Tschanz se puso en pie y se apoyó con la mano derecha, la sana, sobre el tablero de la mesa. Ya sólo ardía una vela. Con ojos enrojecidos trató de distinguir la silueta del viejo en la oscuridad, pero no vio más que una sombra irreal, negra. Inseguro, como palpando algo, hizo un gesto hacia el bolsillo de la americana.



—Deja eso —le oyó decir al viejo—. No tiene sentido. Lutz sabe que estás conmigo y las mujeres aún siguen en la casa.

—Sí, no tiene sentido —respondió Tschanz en voz baja.

—El caso Schmied está concluido —dijo el viejo a través de la oscuridad del salón—. No voy a denunciarte. Pero ¡vete! ¡Vete adonde quieras! No quiero verte nunca más. Me basta con haber juzgado *a uno*. ¡Vete! ¡Vete!

Tschanz bajó la cabeza y salió lentamente, diluyéndose en la noche. Cuando se cerró la puerta y, poco después se oyó partir un coche fuera, la vela se apagó, sumergiendo una vez más en la brillante luz de la llama al viejo, que había cerrado los ojos.